

# Memorias de la médica del pueblo. Desde el exilio

Mónica Franco Muñoz

## EL MEDELLÍN COTIDIANO

Mi niñez transcurrió en el colombiano barrio San Pedro de Medellín, con riñas en las esquinas, ebrios en las tiendas, niños jugando fútbol en calles empinadas y las vecinas que comentaban a gritos desde sus puertas y ventanas a quién habían matado la noche anterior, detallando cómo y por qué había ocurrido, y adivinando quién seguía en la lista.

En los años ochenta, el parque era paso obligado para ir a la iglesia, escalando una cuadra entera. En la tarde, se transformaba en sitio de encuentro para jugar a la salida del colegio. Por la noche era centro de reunión de vagos, maleantes y mariguaneros. Así, involuntariamente, nos turnábamos el espacio.

Mi vecino Mauro era uno de esos asiduos ocupantes nocturnos del parque. Apenas caía la noche, desaparecía de su casa. Por eso me extrañó verlo un día, desde mi balcón, bajar corriendo la empinada cuesta de la cuadra. Venía asustado, bien pálido y sin camisa. Casi tumbó con puños y patadas la puerta de su casa, enfrente de la mía. Discreta, apenas visible, la empuñadura de un cuchillo de carnicería sobresalía en su espalda; el frío metal ni siquiera se apreciaba. Finalmente, cayó desplomado en la sala de su casa entre los gritos desesperados de su madre.

La niña que fui, cerró despavorida la puerta del balcón. No sé cómo logré contener mi terror. En realidad no podía comentarlo con nadie: mis padres trabajaban y mi hermana menor era apenas una bebé a quien yo cuidaba. Al día siguiente, desde el mismo

balcón pude apreciar los carteles fúnebres en donde aparecía el nombre de Mauro. Tras la ventana de su casa destacaba el ataúd con cuatro velones encendidos, uno en cada esquina, y su madre abrazando la caja, llorando sobre el cristal que la separaba del hijo.

En esa época, la violencia también se respiraba. Un domingo estaba jugando con los amigos de la cuadra a poncharnos con la pelota, cuando aprecí a lo lejos una columna de humo negro que poco a poco aumentaba. Supuse que se trataría de algún incendio o de una explosión, pero me llamó la atención que nadie hiciera ningún comentario sobre este hecho; por el contrario, parecía como si fuera lo más cotidiano. Minutos más tarde percibí un hedor a chamuscado, algo totalmente repugnante. Apenas uno de mis compañeros de juego me señalaba con el dedo, a lo lejos, el cementerio municipal, cuando ya su madre, cubriéndose boca y nariz con un trapo, le estaba pidiendo que entrara rápidamente a la casa porque estaban quemando con gasolina a los muertos. Decidí salir también del juego porque el hedor ya impregnaba mis ropas. Al entrar a casa, le pregunté apresuradamente a mi mamá por el insoportable olor. La señora que la visitaba en ese momento —de quien sólo sabía que era una familiar lejana y asidua legionaria bíblica— interrumpió el final de mi pregunta para contestar ágilmente: “Son los cuerpos que se están quemando en el fuego eterno”. Mi madre reviró muy terrenalmente: “Son los cadáveres que quema el municipio cuando ya no hay espacio en el cementerio”. Fue hondo mi respiro de alivio al entender que se trataba de un acto cotidiano de tipo administrativo por falta de espacio para enterrar los nuevos cadáveres. Curiosa, me asomé al balcón para ver cómo iba la columna de humo que tanto me había impresionado y recibí una nueva sorpresa: un montón de gente se dirigía corriendo al cementerio, como si se tratara de alcanzar puesto en la primera fila de una premier. Ese día, los cuerpos humanos apilados y convertidos en gigantesca tea tuvieron mucho público.

Tuve que cerrar precipitadamente la puerta del balcón al escuchar disparos cercanos. Las instrucciones de supervivencia dadas por mi papá, ya bien memorizadas, eran muy claras al respecto:

Mi'jita, si oyen disparos, enciérrense rápidamente en la casa, pero si están en la calle, corran a esconderse. Corran si alguien se les acerca de manera sospechosa. Si van llegando a la casa, toquen la puerta con seis golpes pausados (o cuatro, o siete... papá seguido cambiaba la clave del golpeteo), para que quien esté adentro los pueda contar y sepa que es una de ustedes. Cuando alguien toque a la puerta, primero hay que asomarse por un ladito de la ventana, corriendo un poquito la cortina, para cerciorarse de que no sea algún desconocido o un peligro. Si es conocido, nomás asomarse al balcón y decirle que vuelva luego, cuando esté su mamá o su papá. Si alguna tiene que hacer un mandado a la tienda, otra se queda vigilándola desde el balcón. Si por donde andan se da una pelea, o alguien dispara o roba, no lo miren ni le den la cara y salgan corriendo para otro lado. No siempre regresen del colegio por la misma ruta. No se acerquen a grupos o multitudes, como velorios, fiestas, reuniones de vecinos, pandillas; si atacan a alguien allí, van a disparar contra todos. ¡Dulce infancia!

Durante esta época, un afamado capo de la mafia, quien había sido conocido como respetable político, acostumbraba regalar dinero a diestra y siniestra, construir casas y pagar gastos médicos, entre otras ayudas a la gente de barrio que ya vivía en un campo minado por la violencia callejera.

Encerradas en casa con mi madre, un día escuchamos a la gente pasar corriendo, gritando y repitiendo: "¡Mataron a Pepe!", un conocido y temible maleante local. Lo que creíamos sería un alivio para el barrio, resultó el inicio de una guerra: minutos más tarde escuchamos una fuerte explosión, a la que siguió un silencio tenso que fue interrumpido por el ulular de las sirenas de patrullas y ambulancias que parecía no tener fin.

Cuando la gente se amontonó para ver a Pepe muerto, unos jóvenes desde una motocicleta lanzaron hacia la multitud la granada que mató a unos y dejó graves a otros. Era claro que la guerra se había iniciado. Comenzaron a serenos familiares los gritos, los disparos, las explosiones y, por supuesto, el dolor.

Al día siguiente, de camino al colegio pasé por donde ocurrió todo. Había sangre en el suelo, hasta las paredes de las casas estaban salpicadas de sangre; había vidrios rotos y fragmentos de piedra y metal en un área de varios metros. La explosión había hecho un gran hueco en medio de la calle. Agarré con fuerza la mano de mi hermanita de seis años y la hice pasar apresuradamente por allí, tratando de distraerla para que no prestara atención a lo que yo había visto. En la escuela, noté que algunos padres habían llevado personalmente a sus hijos; particularmente, vi a familiares de compañeras vestidos de negro. A medida que me adentraba en el colegio, notaba las caras afligidas de algunas mamás, monjas y compañeras. Dejé a mi hermanita en su salón, y cuando entraba al mío, escuché a la maestra decir: "Vamos a la misa para Margarita, que descanse en paz". No podía creerlo. ¡Si apenas el viernes anterior habíamos jugado juntas en el patio del colegio!

El día anterior, Margarita iba en el bus, sentada al lado de una ventanilla, cuando ocurrió la balacera: una bala le dio en la sien. Su mamá no se percató del hecho hasta que la movió al final de la ruta; pensaba que iba dormida.

Una noche abrió nuevas rutas a mi familia. Mientras dormíamos, una fuerte explosión cimbró la casa; pensé que se había desfondado y con temor bajé de la cama. Escuché a lo lejos otras dos explosiones y gritos. Apresuradamente, miré por la ventana y vi la calle llena de gente, casi todos vecinos y vecinas en ropa interior y pijama. La farmacia de la esquina estaba llena de humo, con los cristales dispersos por todos lados; había gente herida y gritando. Deduje que —como ya venía pasando en otros barrios de

Medellín— habían puesto una bomba en la farmacia; seguramente las otras explosiones que se escucharon esa noche fueron bombas detonadas en otros rumbos de la ciudad.

Mi familia tuvo que dejar Medellín, no sólo por la violencia (a la que ya nos habíamos acostumbrado), sino por las dificultades económicas que enfrentábamos: mi papá se había quedado sin trabajo por el recorte de personal en todas las empresas, una de las consecuencias provocadas por la inestabilidad de la situación política, social y de seguridad pública que iniciaba en toda Colombia.

Por aquella época, en la televisión pasaban una y otra vez la noticia de una mujer, madre de familia, que durante varias horas debió permanecer con una bomba de tiempo sujeta al cuello, a manera de collar, por haberse negado a pagar la “vacuna” o extorsión que un grupo de criminales le había exigido. Finalmente, ante su familia y las cámaras de televisión, ante los niños y adultos que seguíamos su martirio, se dio uno de los desenlaces más espeluznantes de la historia de barbarie que por tantos años nos acompañó. Fue imposible detener la tragedia de la mujer que permaneció sentada a la vera de un camino, llorando y esperando angustiadamente el fin. Fue despedazada por la explosión mientras era auxiliada por militares que resultaron con lamentables consecuencias en su intento de desactivar la bomba.

Mis padres decidieron regresar a la tierra de los abuelos, a Zocam, zona agrícola, de montañas y verdes cafetales, para continuar con nuestras vidas en horizontes más pacíficos, con mejores oportunidades. Para mí también fue lo mejor: allí estudiaría la carrera que me permitiría llegar a otras fronteras.

En Zocam ingresé a la escuela de medicina, en contra de la postura de mis padres, principalmente de mi mamá, quien prefería que estudiara una carrera más corta y práctica. Tuve que inscribirme e iniciar clases a escondidas, antes de darle la terrible decepción.

Ya en la escuela, sería difícil que me sacara —pensaba—. Además, contaba con la complicidad de mi abuelo y de mi tía, lo cual me facilitó las cosas para concluir con éxito la carrera.

## II

### EL SÉPTIMO AÑO

Después de seis años de enorme esfuerzo, por fin llegó el último de carrera, en el que era obligatorio realizar el servicio anual internado en un hospital. Luego vendría el “año rural” de servicio social obligatorio.

Decidí hacer el internado hospitalario en otra ciudad, no sólo para darle un cambio a mi vida monótona, sino también para obtener un ingreso equivalente al salario mínimo, lo que representaba una gran riqueza, pues en el hospital de Zocam, donde estudiaba y trabajaba, no me pagaban nada. Solicité ser admitida en el lejano hospital San Felipe, en Hisca.

Meses después de haber sido admitida en el hospital San Felipe, viajé a Hisca de manera repentina junto con Flor, una compañera de clase, pues el curso de inducción iniciaba inmediatamente. Como ya no teníamos tiempo para hacer ocho horas de camino, buscamos una vía más rápida que el bus para viajar.

El novio de Flor era piloto retirado y se ofreció a llevarnos en su avioneta. Como pudimos, llegamos en la madrugada al aeropuerto para estar a tiempo en la cita, emocionadas por viajar en un jet privado, pero la alegría se volvió angustia al ver que el “avión” era un simple monomotor, casi casi un planeador. Subimos al artefacto con la desconfianza de que el viento nos pudiera derribar. En el interior sólo había dos asientos, así que me acomodé lo mejor posible en el piso del compartimiento de las maletas.

El trayecto duró una larga hora de traqueteo que se sentía paurosamente en el maletero de un metro cuadrado, mientras el piloto nos pedía que no nos moviéramos, ¡como si eso ayudase a estabilizar la avioneta! Mi mayor preocupación era el aterrizaje: sin asiento, sin cinturón, sin tener de dónde agarrarme, la paliza iba a ser aterradora. Durante todo el viaje, Flor se mantuvo inmóvil, sin articular palabra: era la primera vez que se subía a un dizque avión. Cuando por fin llegábamos al aeropuerto, el viento obligó a la avioneta a planear y zigzaguear, pero tocamos tierra sanas y salvas, eso sí, espantosamente pálidas.

Antes de agarrar un bus que en dos horas nos pondría en Hisca, el novio de Flor se ofreció a recogernos al regreso; de inmediato dijimos no, pero lo aderezamos con infinidad de pretextos para hacer más amable el rechazo. ¡Ni locas!

Cansadas, hambrientas y despeinadas, ya en la Facultad de Medicina de Hisca, tuvimos que tocar puertas para informarnos del lugar donde se estaría llevando a cabo la reunión de internos para el curso de inducción. En una de ellas nos abrió el propio director de la Facultad. Muy gentilmente, y como parte de su discurso de bienvenida, dijo que nos haría algunas preguntas. La primera fue una estocada: “¿Tienen idea de lo que es el Rocefin?” Con voz temblorosa contestamos “no”. Con esa pregunta inició y terminó la entrevista. No quiso decirnos el significado de aquella palabra. A pesar de que hoy sé que es un medicamento, jamás tuve la oportunidad de usarlo en mi práctica cotidiana en hospitales públicos y pobres; es un antibiótico muy costoso al que sólo pocos tienen acceso.

Después de nuestra lamentable presentación, el director nos señaló vagamente el auditorio del hospital como sitio de la reunión. Luego de mucho caminar, llegamos a la mitad del curso y nos desplomamos en dos sillas en la última fila.

El instructor hablaba sobre las obligaciones y condiciones del servicio de internado en el hospital San Felipe, mientras sostenía

una bolsa plástica transparente que contenía unos papelitos doblados. Entendimos que en nuestra ausencia se había hecho un sorteo y éramos las últimas en participar. Decididas, nos paramos y caminamos hacia el instructor para sacar nuestros papelitos.

Flor fue la primera; extrajo el papel, lo desdobló y dijo en voz alta: "Ramal". Inmediatamente, los compañeros susurraron "¡Qué bueno, le tocó un pueblo cercano!" Se sorteaba el lugar donde los estudiantes habríamos de prestar los primeros meses del servicio de internado. Animada, saqué rápidamente un papelito de la bolsa. Nunca en mi vida había leído la palabra que allí aparecía. Titubeando, dije en voz alta: "Tai...pi". Inmediatamente se hizo un gran silencio; todos me miraban con asombro y, claro, me asusté. Adiviné que el nombre correspondía a una ciudad con algún tipo de problema; incluso percibí miradas de condolencia. Cuando regresé a mi sitio, pregunté al vecino de asiento por la ubicación de aquella ciudad. "¿Ciudad? No —respondió—, es un caserío en la selva del Pacífico, frente a una isla que años atrás fue sitio de confinamiento de los presos más peligrosos del país." A la comunidad sólo se podía acceder por vía marítima, pero ninguno de los presentes en el auditorio sabía cómo llegar exactamente. Eso fue lo más preocupante: el siguiente lunes tenía que presentarme a trabajar en el hospital del lugar.

Inmediatamente después de la sesión, regresamos a Zocam en el primer bus que pudimos alcanzar. En la ciudad, tardé tres días preguntando en todas las terminales la manera de llegar a Taipí, sin éxito. Finalmente, pude ubicar en un mapa el lugar exacto donde quedaba el caserío y me imaginé que no tendría más remedio que embarcarme en algún puerto cercano. Hablé por teléfono a uno de los puertos más conocidos, Zasca; me confirmaron que, efectivamente, había barcos que cubrían la ruta para Taipí. Muy contenta, empecé a empacar mis cosas y a despedirme de la familia. Tenía veintidós años y era la primera vez que me iba de la casa.

### III

## SOBRE EL MAR

De Zocam salí con una maleta de casi treinta kilos al hombro rumbo a Zasca. Después de ocho horas de carretera, llegué al puerto casi a las dos de la tarde. Durante el trayecto fui imaginando una y otra vez el hermoso puerto lleno de barcos y yates, entre los cuales destacaba la fabulosa embarcación que me llevaría al caserío de tan exótico nombre. A medida que el bus se acercaba al puerto, mi imaginación se achataba: abundaba la chatarra oxidada, había barcos viejos y varados por doquier. Inquieta, le pregunté al chofer dónde debía alcanzar el barco para Taipí; me indicó que unos metros más adelante podría bajarme y desde allí zarparía.

Pero no, no podía zarpar un barco en el lugar donde puse los pies en tierra. "Seguramente el chofer se equivocó", pensé cuando vi ante mí una bodega abarrotada de cajas viejas de todos tamaños. Tímidamente me acerqué a un hombre que comía sobre un contenedor y le pregunté si ése era el sitio de donde saldría un barco para Taipí. Por respuesta me señaló un barco carguero en el muelle, al fondo de la bodega. Luego, de manera muy espontánea, dijo que debía esperar a que subieran toda la mercancía porque los pasajeros iban encima. Yo, titubeando, imaginándome la tragedia de un viaje en esas condiciones, pregunté qué tan largo sería el trayecto. Con pasmosa naturalidad, respondió: "Más o menos un día". Ya iba entendiendo las muestras de condolencia de mis compañeros el día del sorteo en Hisca.

Mientras eran embarcados cerdos, perros, gallinas, alimentos, combustibles, electrodomésticos, bicicletas, vegetales y licores, pasó una mujer vendiendo los tiquetes a las personas que saldríamos en el viaje de las cuatro de la tarde. Resignada, lo único que me preguntaba era dónde nos acomodaríamos los pocos pasajeros: desde abajo no se veía espacio ni siquiera para sentarse.

Cerca de las siete de la noche, como pude, me trepé al carguero con mi maleta de treinta kilos, a la que para entonces ya odiaba. Una vez arriba, pregunté por “mi” habitación al que parecía ser el capitán. Con sarcasmo respondió: “¡Pues donde la encuentre!” Mientras arrastraba la maleta entre víveres, animales y vegetales, me crucé con dos jóvenes que me dieron buena espina, así que les pregunté dónde podía dejar mis cosas. Me indicaron el pequeño espacio donde, supuestamente, íbamos a dormir todos... o los que alcanzaran. “¿Todos? ¿Cuántos son todos?”, dije en voz alta. Sólo se veían cuatro literas sujetas con cadenas a una oxidada pared de lámina. “¡Apúrese y agarre la de abajo, que no la han ocupado!”, me contestaron. “Y, por cierto, duerma sobre la maleta para que no se la roben; el viaje es largo y peligroso”, remataron, mientras el barco zarpaba. Sentí una necesidad enorme de tirarme de allí con todo y maleta para regresar a mi tierra, pero me quedé, preguntándome una y otra vez: “¿Cómo hice para meterme en esto?”.

Decidí retomar la calma y reclinar me sobre la maleta, como me habían indicado; traté de cerrar los ojos y cabecear, pero el barco traqueaba por todos lados, como si se estuviera desbaratando. Segura de que se estaba hundiendo, me senté en la litera y vi que los muchachos se reían de mí. Había estallado la tormenta y el barco rechinaba como loco. Al fin, poco a poco se fue disipando la lluvia. Harta de todo, pedí a los muchachos que me cuidaran el equipaje unos minutos mientras salía a tomar aire.

En el corredor me envolvió la oscuridad; ni siquiera el mar se veía. Decidí acercarme a unas personas que se adivinaban en la parte trasera del barco. Una no tenía tan mal aspecto, así que le

pregunté cuándo llegaríamos a Taipí. Melquíades —así se llamaba— me dijo que, con suerte, llegaríamos a las doce del siguiente día; antes haríamos escala en una isla. Me sugirió que no durmiera porque era peligroso: yo era la única mujer en el barco. Acto seguido me invitó a tomar un sorbo de aguardiente, para aguantar el frío de la noche. Sin pensarlo, acepté la botella que me ofrecía y me eché unos cuantos tragos. Melquíades y los dos despreocupados jóvenes fueron mis aliados en aquella travesía.

Comerciante de oro y licor en Taipí, mientras bebíamos para ahuyentar el frío y el sueño, Melquíades me contó historias sobre sus andanzas en aquellas lejanas tierras. De pronto, me preguntó:

—¿Y por qué viniste en barco?

—¿Cómo que por qué? No hay otra forma de llegar a Taipí, está en medio de la selva, sin acceso por carretera...

—¡Pero hubieras podido viajar en avioneta! —me interrumpió el hombre—: Hay una que viaja cada ocho días desde Zasca y no te arriesgarías tanto.

¡Uf! Molesta conmigo misma por tener tan tarde, perdida en altamar, esa valiosa información, ¡decidí echarme otro trago y doble!

Cansada de estar parada tomando un trago asqueroso, aguantando frío, despeinada por el viento, en peligro de ser violada y con mucha rabia por no haber viajado en avioneta, regresé a mi litera. Tal vez tomando las dos pastas para el mareo que mi mamá me había obligado a traer, podría conciliar el sueño sobre mi gran maleta. Aferrando una pequeña navaja en la bolsa de mi abrigo, esperé el efecto del medicamento mientras seguía escuchando el terrible rechinar del barco y los ronquidos de los muchachos. Poco a poco fui entrando en un profundo sueño, del que desperté cerca de las diez de la mañana, con el olor a café y a comida que llegaba de la cocina. Los muchachos me dijeron que ya estaban sirviendo el desayuno que venía “incluido en el boleto”.

Con ánimo, bajé por la escalera oxidada. Al lado de la estufa, un maloliente hombre sudoroso de largas y sucias uñas cocinaba

unos huevos. Muy amable me invitó a desayunar y yo, sin pensarlo, le dije inmediatamente que sí. No me importó nada, ¡lo que tenía era hambre! “Lave un plato y una taza de los que están ahí, de lata, para servirle su desayuno”, ordenó. Y eso fue lo que hice exactamente. Me sirvió bastante huevo con jamón, pan y café; todo me lo comí. El café sabía un poco salado, pero los huevos estaban riquísimos.

Reconfortada, subí para asearme un poco. Fue entonces cuando sentí el primer cólico y una necesidad imperiosa de ir al inodoro. Corriendo bajé de nuevo y pregunté cortésmente al cocinero: “¿Dónde está el baño de mujeres?” “¿Baño? Ni de mujeres ni de hombres. Para las necesidades usamos la letrina. Está al otro lado del barco.” Letrina no había: sólo encontré un orificio en el piso que se abría directamente sobre el mar. Con el fuerte cólico atenuándose las entrañas, me acomodé, agarrándome fuertemente de la baranda, para atinar justo en el orificio y defecar en el mar una terrible diarrea que el viento impregnó en mis pantalones.

El barco atracó en una pequeña isla donde bajaron algunas personas, entre ellos los muchachos que había conocido. Después de un rato zarpamos de nuevo; dos horas más de viaje y llegaría a mi destino. El cólico continuaba, aunque más leve. Finalmente, recostada en la litera escuché un grito anunciando la llegada a Taipí. Di gracias a Dios.

Ya era mediodía del domingo cuando desembarqué en un sencillo muelle de madera. Haciendo equilibrio sobre una endeble tabla tendida entre el barco y el muelle, comencé a bajar mientras un hombre de la tripulación arrojaba mi maleta a tierra. Desde la tabla alcancé a echar un rápido vistazo a la cabina del capitán: no contaba con instrumento de navegación alguno. Lo único que nos había llevado hasta allí había sido la experiencia del capitán y su tripulación. Del barco, ni hablar; el sinfín de orificios que tenía hacía difícil entender cómo ese armatoste oxidado no se había hundido durante la accidentada travesía.

Pálida, ojerosa, enferma, sin despedirme de Melquíades, jalé mi maleta por el muelle en busca de transporte para llegar al hospital donde haría mi práctica profesional. Por más que puse atención, no veía taxi ni vehículo alguno. Mirando mi desamparo, dos jóvenes se acercaron para ofrecerme ayuda con el equipaje y, de paso, guiarme a mi destino. “Queda allí cerquita”, dijo uno de ellos. “Traigan su taxi, pues, y vamos de una vez”, respondí. Ellos rápidamente dijeron: “¡Aquí está!”, y me mostraron una silla de madera. El más corpulento concretó: “¡Siéntese!”. Así lo hice, un poco confundida por la situación. Hábilmente, el cargador sujetó con unas bandas el respaldo de la silla a su frente y espalda, y a manera de morral me levantó. A cuestas, me llevó más de diez cuadras rumbo al hospital, mientras su compañero hacía lo mismo con los treinta kilos de la maleta.

El muelle quedaba al lado del mercado. El olor rancio de las carretas llenas de pescado, a lado y lado de las rústicas calles por las que empezamos a transitar, era insoportable. Apenada, pedí una breve parada para vomitar. Luego me incorporé con una inspiración profunda, para retomar mi posición en el inusual transporte. Para donde mirara había pescados; algunos frescos y otros hediondos.

Casi todas las personas con las que nos cruzamos andaban descalzas; los niños jugaban a atrapar moscas entre las carretas; otros, más pequeños, se sentaban sobre los montículos de pescado. ¿Cómo soportaban semejante olor nauseabundo?

Las calles eran caminos sin pavimentar. No había carros, lo cual era lógico, estábamos en medio de la selva y a la orilla del mar; y no habría gasolineras, desde luego. Por desgracia, tampoco había luz eléctrica ni agua potable. La gente, en su mayoría de raza negra, vivía en humildes casitas de madera, ¡pero eso sí!, a casi ninguna le faltaba su equipo de sonido, alimentado por sencillas plantas de energía. La música a todo volumen que salía de los aparatos instalados en las puertas de sus viviendas no logró sobreponerse

al constante murmullo que mi paso despertaba. Los lugareños me señalaban sin recato.

Finalmente llegamos al hospital de Taipí, ¡lo había logrado! Asombrada y agradecida por la facilidad con que los muchachos habían cargado conmigo y el equipaje, sin hacer paradas ni mostrar el menor signo de cansancio, con gusto pagué casi el doble de lo acordado.

Apenas al llegar, una enfermera me indicó el camino a la oficina del director, en el segundo piso, donde una secretaria me saludó muy amable y me dijo que mi mamá había llamado al teléfono del hospital. Había dejado el mensaje de que me llamaría otra vez. No terminó de decirlo, cuando ya mi madre estaba al teléfono nuevamente, llorando de alegría. Me dijo que se había tranquilizado un poco luego de hablar con uno de mis amigos que con frecuencia llamaba a mi casa y quien le había comentado —supongo que para calmarla— que los barcos que cubrían la ruta a Taipí parecían cruceros de lo bien equipados que estaban, con baños y habitaciones individuales, muy seguros. Yo sonreía escuchándola. Me limité a decirle que había pequeñas diferencias con el carguero que me había transportado, pero que ya había pasado todo. Nada había sucedido como estaba planeado, pero ya había llegado a mi destino.

## IV

### TAIPÍ

El director no estaba en su oficina. La administradora del hospital me señaló, a través de un ventanal, la casa de los médicos, una amplia construcción de ladrillo en una esquina solitaria frente al hospital. Cuando me entregaba las llaves de lo que sería mi hogar temporal, escuché una voz gruesa dando los buenos días. Un cincuentón moreno, obeso y desaliñado, con tres o cuatro gruesas cadenas de oro al cuello, me sonreía. “Buenos días, director”, respondió la administradora, y me presentó como la nueva médica interna para los siguientes meses de trabajo.

Con una mueca por sonrisa, el director me miró de arriba a abajo y sólo atinó a decirme: “Bienvenida, póngase de acuerdo con la otra doctora para trabajar”. Me despedí sin preámbulos, bajé las escaleras y, con la maleta a cuestas, atravesé la calle y abrí la puerta de la casa de los médicos. Me instalé en una pieza vacía que tenía en una pared tres repisas de madera mal puestas, que usaría como ropero. En la pared del fondo, una terrible humedad había descascarado la pintura. Puse la maleta sobre la cama y acomodé la ropa, que por cierto no me iba a servir en ese clima. En las repisas puse la poca ropa de algodón que podría usar. Toda mi estancia allí la pasé con las mismas cinco o seis prendas de vestir.

En el otro extremo de aquella casa encontré el baño. Lista para bañarme, me percaté de que no salía agua de la regadera. Salí de la casa en busca de alguna solución al problema y escuché que alguien abría la puerta de nuevo. Al acercarme, vi entrar a una mujer

blanca, muy delgada, de ojos verdes. Me presenté diciéndole que sería su nueva compañera de trabajo. Con expresión altanera respondió: “¿Ah, tú eres la nueva?”, y entre dientes mencionó su nombre. Me informó, de paso, que yo debía empezar mi turno la siguiente semana, porque ésta, ella estaba a cargo. Sin más, se encerró en su cuarto. Ése fue el recibimiento de mi compañera de trabajo y hospedaje.

Me presenté al día siguiente en el área de consulta externa, un corredor amplio con cinco puertas hacia un lado y una banca larga al otro, llena de mujeres hablando e insultándose. Los niños lloraban, corrían y gritaban entre regaños de algunas señoras. Parecía un mercado. El alboroto contrastaba con la foto en la pared de una enfermera con un dedo sobre la boca que indicaba que había que guardar silencio. Para reforzar el mensaje, debajo había un anuncio en grandes letras rojas que decían ¡¡¡SILENCIO!!!

El caos imperante estaba muy distante de la consulta externa de mi ciudad, donde la atención era ordenada por fichas, con filas, y donde todos guardaban silencio mientras esperaban. Aquí, cero civilización.

Creyendo hacer lo correcto, llamé la atención a las mujeres y señalé el letrero que estaba sobre sus cabezas. Indignada, les indiqué que leyeran lo que decía. Inmediatamente todas se callaron y miraron el letrero. Sólo una, con voz tímida y apenada, comiéndose las letras me contestó: “¡E que no sabemos leer!” Entonces la apenada fui yo. Sin más, casi les di permiso de continuar con su ruido.

Era imposible caminar en ese corredor sin estrellarse con los niños y sus madres. Cuando al fin pude llegar a lo que parecía ser mi consultorio, me recibió la mirada fría, cortante de mi compañera. No necesité más para saber que me había equivocado de puerta. Me dirigí a la siguiente, toqué y, al no recibir respuesta, entré. Me encontré con un consultorio lleno de papeles, hasta la mesa de exploración estaba ocupada con documentos; se veía que

nunca había sido utilizada para el fin que tenía. Una enfermera me confirmó que éste era mi consultorio; también, que desde hacía muchos años no iba ningún médico interno a Taipí.

Mientras me explicaba la mecánica del trabajo en el hospital, súbitamente apareció la médica antipática. De forma grosera, le indicó a la enfermera que tenía que hacer un máximo de seis consultas, y la nueva médica —o sea, yo— también. “¿Por qué no puedo hacer más? —pensé—, si no tengo nada más que hacer.”

El constante olor a pescado podrido me oprimía; procuraba salir de tanto en tanto al jardín de consulta externa para respirar algo de aire fresco.

Mi primera paciente presentaba un fuerte olor vaginal fétido. Al tomarle una muestra para mandarla a analizar, sentí el mismo olor hediondo que cuando llegué al pueblo. “¿Se ha sentado sobre pescado?”, le pregunté. Sí, lo hacía constantemente: se sentaba en su mercancía para no hacerlo en el suelo. Al examinarla, pude percatarme de que se trataba de algo más que una simple contaminación por pescado; la mujer sufría una enfermedad venérea.

Las siguientes pacientes presentaron el mismo mal. El hedor de mi consulta nada tenía que envidiarle al área de la venta de pescados.

De ahí en adelante, aunque la amable dueña de la fonda donde comía me ofrecía pescado en diferentes presentaciones, nunca lo acepté. Los huevos fritos y el arroz se convirtieron en mi alimentación casi única.

Poco a poco aprendí a convivir con el sudor, las moscas y el olor a pescado podrido. También con la muerte.

La casa no contaba con ducha, por lo que tenía que bañarme en el patio. Tomaba el agua de un pequeño estanque o del tinaco, siempre alerta de que nadie me espíara. Mientras me bañaba, no dejaba de observar el muro gris del patio, pensando en la utilidad de su inusual altura. Me intrigaban sus grandes manchas de humedad; con los dedos mojados trazaba figuras en él.

Como a la semana, cerca de las ocho de la noche, observé por la ventana una pequeña multitud que se acercaba entre cánticos, gritos desesperados y sollozos. Algunas mujeres cubrían sus cabezas con mantos negros y llevaban velas encendidas. En medio de la procesión pude ver un ataúd abierto. Inmediatamente pensé que era muy tarde para un entierro. A las cerca de cien personas del cortejo les seguía una banda con tambores cuyos extraños sonidos me produjeron temor, disuadiéndome de salir a enterarme de lo que ocurría.

Para distraerme, encendí la televisión, pero en ese entonces pasaban el mundial de fútbol; no había más que ver ni otra cosa que hacer en el pueblo, así que me fui a la cama, pues al día siguiente muy temprano tendría que lavar la escasa ropa útil que tenía. Mientras pensaba en eso, seguía escuchando los cánticos, cada vez más lejanos. Desde mi cama era inevitable ver de frente el descascarado muro húmedo, igual al del patio.

A la mañana siguiente conocí a doña Cleo, la señora que aseaba la casa. Fue ella quien me informó que el único modo en que podría lavar mi ropa era bajar al río y aprender cómo lo hacían las mujeres del pueblo. Débilmente insistí en la pregunta de si no habría por aquí algún servicio de lavandería que funcionara a base de moneditas, pero mientras hablaba, caí en la cuenta de que aquí simplemente no se conocía la energía eléctrica.

Salí de la casa con mis cinco prendas bajo el brazo y un pedazo de jabón, pensando que luego de lavar indagaría cuál había sido el destino del muerto que tanto habían lamentado la noche anterior. Después de caminar por un corto sendero, encontré el lugar donde las mujeres, hincadas en una balsa amarrada a la orilla del río Taipí, lavaban sus ropas restregándolas sobre una madera que se colocaban sobre las piernas, y teniendo cuidado de que el río no se llevara sus prendas.

Muy valiente me trepé en una balsa y zambullí la ropa, haciendo toda clase de piruetas para no caerme al río mientras la lavaba.

Estaba segura de que no podría aguantar los siguientes meses en las mismas condiciones; tenía que buscar una solución pronta. Por mi falta de experiencia, regresé a casa con mi ropa mal lavada; supongo que me quedé con toda la mugre de las lavanderas río arriba.

Decidí caminar un poco más, en busca del sitio donde habían llevado el cuerpo la noche anterior. Siguiendo la ruta de la procesión, descubrí que corría paralela al muro gris que era parte de la casa donde me alojaba. Al final, a unos cien metros, hallé una puerta de latón bien cerrada con cadenas y seguros que no me dejó ver nada de lo que protegía.

A mis preguntas sobre los cánticos y el desfile, doña Cleo sólo atinó a decirme que eran rezos a unos santos, lo que me dejó aún más intrigada. También alabó mi "valentía" por dormir sola en la casa, pues la otra médica dormía en el hospital. Me preguntó si había visto u oído algo en esos días, y respondí que dormía muy bien y que solamente me habían afectado los cánticos. Creo que mi rendida indefensión la animó a confesarme que detrás del muro se encontraba el cementerio. El muro era parte de las bóvedas, y la humedad provenía de los cuerpos sepultados.

Me horroricé y entré en pánico; sin embargo, seguí preguntando: ¿por qué el muro no tenía ningún olor que pudiera reconocer? ¿Por qué un cementerio tenía muros tan altos, puertas cerradas, cadenas y candados?

Con sencillez, doña Cleo me explicó: "El cementerio está siempre cerrado para evitar que se roben a los muertos". Me quedé peor; no podía entender que a alguien se le ocurriera robar a un muerto. Mi mentalidad científica hizo muchas hipótesis al respecto; ¿podría tratarse de contrabando de órganos? La conjetura estaba muy distante de la realidad.

En el pueblo, cuando alguien moría, los familiares tenían que cuidar el cuerpo por lo menos durante una semana, día y noche, para que las personas dedicadas a la magia negra no pudieran utilizar ese cuerpo como "zombi".

La seriedad y la naturalidad con que doña Cleo hablaba me convenció de que ésa era la realidad, que la práctica era una horrible costumbre en la región. Creían que los zombis eran utilizados para hacer trabajos pesados en sitios inhóspitos, pues no requerían de alimentación ni descanso. Vaya, unos trabajadores estupendos para algunos dueños de minas.

Había entrado en un mundo muy diferente al que durante veintidós años había conocido. Estaba sola y lejos de mi familia; los muertos eran mis vecinos en una localidad tan extraña que no parecía el mismo país donde había nacido. Y tan encerrada por la selva y el mar...

Entendí que allí cualquier cosa podría sucederme y difícilmente alguien me ayudaría. De ninguna manera hubiese querido ver o conocer a ningún zombi, ni enterarme de este asunto en absoluto; siempre he tenido temor a lo desconocido y más en estas circunstancias de aislamiento y soledad.

Con esta historia de zombis quedé profundamente impactada. Aunque doña Cleo me había asegurado que no comían gente, no me podía quitar la imagen hollywoodense de este tipo de criaturas. A partir de ese momento le tomé mucho respeto al asunto y nunca más hice preguntas al respecto. Ésa fue la recomendación de doña Cleo para evitarme problemas. Aquí, hablar de los zombis era igual de peligroso que hablar de la guerrilla o de los narcos en Medellín.

Luego de la edificante conversación, fui a la fonda a cenar. Sí, arroz con huevo frito. Siempre que llegaba, me indisponía el olor a pescado, y siempre la dueña me hacía la broma de que pescado era lo único que tenía en el menú. Era una mujer singular: de mediana edad, con pocos dientes, pero siempre sonriente (no sé por qué), con un busto extremadamente prominente, abdomen igual de distendido que sus pechos, y sus nalgas del ancho de la puerta de su local. Nunca usaba zapatos; extrañamente, su cabello era lacio, producto de algún químico, seguramente, ya que por naturaleza lo tenía ensortijado. Eso sin descontar que no tenía uñas, probable-

mente a causa del efecto pernicioso de un hongo, que allí abundaban gracias a la humedad y al mal manejo de la carne de pescado.

Como siempre, mientras comía mi arroz con huevo junto con un refresco embotellado —que sería mi única bebida confiable—, con la mano libre espantaba a cuanto bicho volador se acercaba para evitar que apoyaran sus patas en mi pobre arroz, ya de por sí contaminado. Me acostumbré a que, inmediatamente después de cada comida, iba al baño por los efectos devastadores del zoológico bacteriano que habitaba en esta pequeña fonda. El lado amable de la situación era que no necesitaba ejercicios ni dietas; con este estilo de alimentación me mantenía en el peso ideal.

Mientras estaba en la maroma, vi que entraba mi antipática compañera de trabajo. Para esquivar su presencia, me hice como que miraba al techo, donde sólo había moscas muertas pegadas a cintitas adhesivas, pero no le importó y se sentó frente a mí. Era lo único que me faltaba para completar el mal momento. Su sonrisa de oreja a oreja me hizo preguntarle qué ocurría: resultó que venía a informarme que saldría para la capital a hacerse unos estudios, pues al parecer estaba embarazada de su novio que vivía en Hisca. Lo único que se me ocurrió fue felicitarla, sin alcanzar a determinar si era por el embarazo o porque dejaría de verla unos días. Pero mi sonrisa se congeló cuando caí en la cuenta de que quien quedaría de guardia sería yo: tendría que asumir su consulta y la mía.

El momento de cavilación terminó por un fuerte cólico que me obligó a salir corriendo a la casa, rogando a Dios que hubiera agua para poder vaciar el baño tranquilamente.

Sobreponiéndome al recuerdo de la narración de doña Cleo, por la noche salí a bañarme al patio; lo hice lo más velozmente que pude, evitando mirar el muro. Ya vencida por el cansancio, me fui a dormir. Desde entonces comencé a rezar, convenciéndome de que así espantaría todos mis temores. Además, me colgué el rosario color de rosa de mi abuela, regalo de mi mamá con motivo de ese viaje que para mí resultó iniciático en muchos sentidos.

Adormilada, de pronto escuché un portazo, unos quejidos, unos lamentos. Quedé petrificada, pensé: “No sirvieron los rezos”. ¿Qué iba a hacer si había entrado un zombi o alguna bestia apocalíptica? Extendí la mano y prendí las luces; me paré agarrando un montoncito de oraciones que mi mamá me había dado y las metí apresuradamente en las bolsas de la pijama, tratando de acordarme lo que tenía que rezar si llegaba a encontrarme con alguna figura maléfica. Con cuidado abrí la puerta de la pieza y encontré a la otra médica tendida en una cama. Se revolcaba de dolor. Me acerqué preguntándole qué le pasaba, y entre lágrimas respondió que tenía mucho dolor abdominal. Le dije que seguramente era la comida: “A mí me hace el mismo efecto —le aclaré—, con que vayas al baño, te mejoras”. Me senté a un lado de la cama, y entonces vi la sabana impregnada en sangre. Ahí terminaron mis suposiciones: se trataba de una amenaza de aborto.

Con pijama y oraciones adjuntas me fui corriendo al hospital para pedir los insumos necesarios y atenderla adecuadamente en casa, ya que no era prudente moverla en ese momento. Cuando regresé, la noté un poco más tranquila; la mediqué y le recomendé que cuanto antes se fuera, sería mejor. Ésta fue mi última conversación con ella. Al siguiente día la despachamos en una avioneta para Hisca. Días después, un fax me enteró que le habían dado tres meses de incapacidad porque, a resultas de un aborto, había quedado muy mal física y anímicamente.

Yo tenía poca experiencia y nunca había visto un aborto tan repentino; por lo general sus señales aparecen paulatinamente. En este caso, se presentó de forma abrupta e intensa. En cuestión de una hora, evolucionó gravemente. Hasta la fecha no he vuelto a ver nada tan súbito. En los pasillos del hospital se rumoraba que había sido producto de un embrujo, un castigo por la forma despectiva en que ella trataba a sus pacientes. Desde entonces, nunca he vuelto a saber de ella.

## V

### LA PRÁCTICA

Y pues sí, me quedé sola con la consulta, los turnos y las urgencias de Taipí. En mi último año de formación profesional, sentía el mundo a cuestas; sin embargo, esto me preparó para lo que se venía.

El director sólo de manera eventual ejercía la medicina, en parte por un problema grave de alcoholismo, y en parte porque tenía sus negocios personales: la explotación de una mina de oro, los barcos pesqueros que surtían a los mercados y a los vendedores ambulantes, y la farmacia del pueblo.

Sin la doctora "ojiverde", por la que ahora sentía pena, el director convocó a una reunión en la que incluyó a un médico que conocían como el Ermitaño, y le ofreció la oportunidad de trabajar en el hospital para reducir mi carga. Yo estaba feliz al sentirme apoyada por otro profesional, pero su respuesta fue que sí acudiría al hospital, sí colaboraría en la consulta y en algunas otras actividades, pero que no se comprometía en las urgencias. Como dicen en mi tierra: "Del ahogado, el sombrero". Decidimos aceptar sus condiciones.

En esta reunión, la administración me aclaró que me incrementaban el trabajo, pero no me podían pagar como a un médico de planta porque no tenía título, por lo que me quedaba con el salario mínimo asignado por la Facultad de Medicina. Como decía: "Del ahogado, el sombrero". Acepté.

## VI

### EL PRIMER TURNO

La primera noche de turno nocturno parecía muy tranquila. Yo le pedía a Dios que no llegara nadie demasiado grave, por miedo a mi inexperiencia. Pero Dios no me escuchó. No había terminado la oración, cuando oí los gritos de una enfermera de urgencias. Corrí hacia allá y me encontré con una mujer postrada en una camilla, intensamente robusta, tal vez de unos ciento veinte kilos, que convulsionaba violentamente. Supuse que se trataría de una epilepsia, pero su esposo me aclaró que la señora estaba en su último mes de embarazo y que llevaba cerca de doce horas con ataques. Entendí que se trataba de una eclampsia, de la que sabía por los libros. Su presión era extremadamente alta.

“¿Por qué han demorado tanto en traerla?”, dije. Uno de los acompañantes contestó: “Vivimos río abajo, tuvimos que traerla en la canoa y remar contra corriente a varios kilómetros de acá”. Si ellos habían hecho semejante esfuerzo, yo no podía hacer menos. Recordé que el sulfato de magnesio es el medicamento indicado en estos casos; lo suministré diluyendo varias ampollas en el suero que le habíamos colocado y poco a poco fue cediendo la convulsión, pero era evidente que tendría que provocar el parto: era poco probable que la criatura pudiera estar viva, y tendría que hacer una cesárea.

Ordené al vigilante que avisara al director del hospital para que viniera en mi auxilio. Pasadas dos horas —que aproveché para leer

la técnica quirúrgica y anestésica—, llegó el director en notorio estado de embriaguez.

Ya en el pequeño y obsoleto quirófano del hospital, le pusimos a la mujer una fuerte dosis de sedante y anestésico, y nos dispusimos a intervenirla. En ese momento, el director me soltó: “Hágalo usted, yo no me encuentro muy bien”. Así fue como empecé a operar, basándome más en mi libro que en las indicaciones del director. Como no me ofrecía ninguna seguridad, le pedí a la enfermera que me acercara el libro donde se detallaba la técnica para abrir el abdomen, llegar al útero y extraer el feto muerto.

Por fortuna, la enfermera sí tenía mucha experiencia. Me pasé horas suturando, pensando una y otra vez que esto no era lo mío, mientras el director cabeceaba en una silla del quirófano. Luego decidió irse porque, según él, ya estábamos terminando. Le dijo a la familia que “habíamos” hecho hasta lo imposible para salvar al bebé. Nosotras seguíamos suturando, rogando tener suerte y que no se presentara una hemorragia o alguna infección. Finalmente, la señora se recuperó después de ocho días, pero tuvo complicaciones neurológicas y renales. Para mí fue un milagro que no muriese: primero, por la gravedad de su padecimiento, y después, por la cirugía que le había practicado una aprendiz.

Sin darme cuenta, había amanecido y no había podido pasar revista a los pacientes hospitalizados, que eran como diez, entre niños y ancianos. La mayoría tenía paludismo, lepra o tuberculosis que, en estados avanzados, son muy difíciles de controlar. Muchos de ellos se encontraban en tratamiento paliativo, sólo esperando la muerte. Para tratarlos, nuevamente tuve que recurrir a mis libros, pues en la ciudad no me había tocado enfrentar ninguna de estas enfermedades.

Por la tarde me dispuse a dormir un rato, para luego atender urgencias, ahora con más miedo de atender casos iguales o más graves que el anterior. Estaba en lo profundo de un cabeceo, cuando una de las enfermeras tocó agitadamente a la puerta del pequeño

cuarto que teníamos asignado para el descanso en el hospital. Me gritaba que tenía que bajar a urgencias inmediatamente. Encontré a una pequeña de ocho años en una camilla, sin el pie izquierdo, la pierna sangrando profusamente, con exposición de carne y de hueso. Y yo sin preparación en cirugía ortopédica. La niña nadaba en el río Taipí, cuando su pie se enredó en la hélice del motor de una embarcación que pasaba.

Me limité a controlar la hemorragia mientras pensaba qué hacer. Sin tiempo para consultar mis textos, decidí ligar con una pequeña seda las arterias que sangraban. Como pude, apliqué un anestésico local para que la niña soportara la limpieza de la herida, mientras podía recibir una atención especializada adecuada. Lo preocupante fue cuando me enteré de que no podía ser trasladada a la capital de inmediato: la avioneta regresaría a Taipí dentro de una semana.

Ocho días la niña estuvo con antibióticos, analgésicos potentes y cuidados especiales en el hospital, pues la posibilidad de desarrollar gangrena era inminente. Al regresar la avioneta, logramos embarcarla y mandarla a la capital. Desde entonces nunca supe nada de ella.

Entre caso y caso, me comunicaba con mi mamá desde el único teléfono público de la localidad. Había que hacer fila por largo rato; me acostumbré a que todos escucharan mi conversación. Lo único que le decía era lo bien que me encontraba y lo maravilloso del lugar. Caminaba tres kilómetros, atravesando el pueblo, para llegar al teléfono público. Cada vez con más frecuencia, durante esos trayectos me preguntaba si había valido la pena estudiar tanto para que no me cayera ningún caso de todo lo que había estudiado en la Facultad.

## VII

### RÍO ABAJO

Una mañana, mientras me preparaba para salir rumbo al hospital, escuché griterío en el pueblo. Vi que la gente corría para un lado y para otro. Después, por varios minutos, oí el ruido de un helicóptero sobrevolando la población. Me imaginé que se trataba de alguna maniobra de entrenamiento del ejército, que tenía un asentamiento a unos cuantos kilómetros de la localidad. En esas estaba, cuando el vigilante del hospital llegó a decirme que se había caído una avioneta cerca del caserío, por lo que me estaba esperando una brigada de colaboradores en una balsa, a manera de grupo de socorro. Con ellos me embarqué sin rumbo fijo.

Navegamos cuatro horas río Taipí abajo y encontramos una avioneta similar a aquella que me había llevado a Hisca. Estaba semi-hundida; sólo se veía el ala derecha y una parte de la cabina. Nos acercamos cuidadosamente para evitar mayores daños. Advertí que el ala tenía dos orificios que se asemejaban a disparos de arma de fuego; no hacía falta mucha ciencia para saber que la avioneta había sido derribada.

Al acercarnos un poco más, observamos un cadáver en estado de descomposición en el interior de la cabina, parecía tratarse de una mujer. Pensé que aquí terminaba la expedición, pero por la radio ya nos estaban diciendo que teníamos que sacar el cadáver y ponerlo en la balsa. Me dio horror pensar en la travesía de regreso con un cadáver putrefacto entre mis piernas.

Estábamos en esto, cuando se aproximó una lancha del ejército, a cuyos tripulantes preguntamos qué había sucedido con esa avioneta. “Se estrelló contra el río, estaba escapando con un cargamento de droga”, dijo uno de ellos. Le pregunté al militar dónde había quedado el cargamento. “Seguramente se perdió en el río.” Mejor dejé de hacer preguntas.

Acercamos la canoa a la orilla del río y acomodamos el cadáver de la mujer dentro de una bolsa que amarramos a la canoa. Uno de los colaboradores notó en la ribera huellas de pisadas humanas, y cerca de éstas la inconfundible huella de un felino. Bajamos y nos adentramos un poco en la selva, donde encontramos fragmentos de hueso humano y algunos dedos de mano parcialmente descompuestos. Imaginamos que eran de otro de los ocupantes de la avioneta que, al alcanzar la orilla, fue devorado por un tigre; rápidamente embolsamos lo que pudimos encontrar. Yo, con terror a los animales de la selva, fui la primera en subir a la balsa. Así emprendimos el viaje de regreso, cuatro horas acompañados por un cadáver y restos de otro.

Al llegar a la localidad, en el cementerio —que funcionaba como morgue también— me esperaba la necropsia de estos cadáveres, para luego expedir los respectivos certificados de defunción. En el panteón ya estaban los familiares de las víctimas para recoger los restos.

Pasé por el hospital para cambiarme de ropa; de ahí fui a pie hasta el cementerio, donde no sólo esperaban los deudos, también los zopilotes se habían dado cita. Como tampoco tenía mucha experiencia en esta área, hice lo que pude. Retiré las prendas del cadáver femenino y, al intentar abrir el tórax y el abdomen con un bisturí, el cadáver pareció reventarse por el alto contenido de gases acumulados por la descomposición. Fue tanto el gas y el líquido que manó, que impregnó a algunos de los que estábamos cerca. En futuras necropsias no volvería a cometer el mismo error al abrir un cadáver putrefacto. Mientras tanto, los colaboradores espantaban a los zopilotes como podían.

Al finalizar el procedimiento, asenté en el certificado de defunción que la muerte había sido por ahogamiento.

El problema mayor me esperaba con la otra bolsa. Ante unos tristes fragmentos del cadáver, sentía inapropiado extender el certificado y poner como causa del fallecimiento haber servido de alimento a un tigre. En la Facultad no me habían preparado para abordar estas situaciones, quizá porque pocos médicos las tienen que afrontar. Así que, después de analizar los huesos, di por terminada mi necropsia y sanseacabó.

Después de todo, había sido un buen día. Sin más percances, me sentí acreedora a un buen baño en el patio. Mientras me lavaba el cabello, reflexioné qué diferente sería mi vida si en lugar de estar enterándome tan brutalmente de que el verdadero dolor humano existía, estuviera atendiendo gripas o diarreas en un consultorio de la ciudad.

## VIII

### LLEGARON LAS VACUNAS

Como al día siguiente tendría que ir muy temprano a visitar algunos poblados ubicados a lo largo de la ribera del río Taipí para realizar consulta y aplicar vacunas, me levanté al alba y preparé los materiales que pudiera necesitar. La meta era llegar hasta la pequeña escuela que se encontraba en uno de los puntos más lejanos, donde el río se bifurcaba y hacía más compleja la navegación. Junto con dos enfermeras, montamos el equipo en la pequeña canoa con motor y nos internamos en las sinuosidades del río.

Al llegar al primer poblado, Villa Petacas, observé niños barrigones, negritos, bien formaditos, esperando pasar a vacunación, pues ya habíamos avisado a través de los pescadores que pasaríamos a vacunar. Fue muy tierno verlos tan pequeños en fila, a la espera de que les pusiéramos sus vacunas tardíamente, pues debieron administrárseles en sus primeros meses de vida. Ellos me veían sorprendidos: hasta entonces no habían tenido contacto con alguien de color de piel diferente a la suya. Yo les hablaba despacio y con señas para darme a entender, pues su dialecto es un español entrecortado. Salí de allí contenta, nutrida espiritualmente después de la experiencia vivida con los pasajeros de la avioneta accidentada.

En el siguiente poblado observé que una mujer, ya de edad, se acercaba a la canoa. Aunque no distinguía bien su rostro, a la distancia observé que algo le sucedía. Me percaté, un poco asustada, que no tenía nariz ni labio superior, esas zonas estaban en

carne viva. Todavía me arrepiento de haberme sorprendido. La enfermera, discretamente, me indicó que era leprosa; yo nunca había visto algo así, y no sabía cómo actuar o qué decir en ese momento, así que gané tiempo bajando lentamente de la embarcación. Llevábamos medicamentos para su padecimiento, por lo que le hice una pequeña curación. En la revisión posterior, noté que le faltaban dos dedos de la mano y alguno de los pies.

Al finalizar, la mujer nos invitó a pasar a su choza para tomar una limonada, misma que rechazamos amablemente, atendiendo los consejos de un amigo. Sin mostrarse ofendida, la señora hizo llamar a otros miembros de su familia: a todos les faltaban partes del cuerpo: una oreja, la nariz, los labios. Esa experiencia hizo terrible nuestra corta estancia en el poblado. Las enfermeras se dedicaron a administrar las dosis de medicamento necesarias. Otra vez no pude probar bocado.

En los siguientes poblados nos topamos con personas con similares enfermedades: úlceras inmensas en brazos y piernas producto de la leishmaniasis. Debíamos inyectarlas directamente sobre las heridas.

Finalmente, alcanzamos la escuelita. Ahí nos quedamos a nadar un rato en el río y aprovechamos para hacer nuestra comida. Yo ya no tenía apetito; sin embargo, las enfermeras devoraron todo, como si no hubieran comido en años. En la plática con la encargada de la escuelita, nos enteramos de que el número de alumnos era variable, a veces llegaba uno, a veces hasta diez. Los niños trabajaban recolectando leña, pescando, cuidando a sus hermanitos. Cuando podían, iban a la escuela en canoa. No pude imaginar a niños tan pequeños desplazándose con agilidad por el río, exponiéndose a tantos peligros con tal de ir a la escuela para aprender a leer y a escribir. “Por eso, en estas tierras no hay progreso; a nadie le importa fomentar la educación —pensé—, sólo interesa la explotación que roba lo mejor de la infancia.” Nosotras, con trabajos, nos desplazábamos en la canoa de motor, ya que sólo una de

las enfermeras contaba con el conocimiento elemental para manejarla.

Fue muy reconfortante nadar en aguas transparentes y quietas, jugando con esos hermosos niños que me miraban como si fuera una especie rara.

Gracias a la habilidad de aquella enfermera para maniobrar la canoa, regresamos a Taipí antes de lo esperado y desembarcamos el material de trabajo. Entré al hospital abatida por la conciencia ante todo lo que me rodeaba. Me preguntaba, una y otra vez, en qué mundo de cristal había vivido hasta entonces.

## IX

### LA MALARIA

Al llegar a la casa de los médicos me sentí indispuesta, con fiebre y malestar en todo el cuerpo. Era tal mi cansancio que solamente pude hacer una ronda muy rápida para ver a los enfermos y le encargué el hospital a Arturo, el Ermitaño, que para entonces ya era mi amigo.

Caí extenuada en la cama, suponiendo que era producto del cansancio y el sol de todo el día de vacunación. Durante la noche, sentía cada vez más y más fiebre; me levanté en varias ocasiones a empaparme todo el cuerpo. Pensé que se trataba de “dengue”. Al día siguiente le pedí al bacteriólogo que me tomara una muestra para confirmar si tenía la enfermedad. Salí del hospital para desayunar; ya no sentía la fiebre, pero sí el malestar en todos los huesos. El análisis detectó malaria.

Para poder recetarme, me dediqué a documentarme sobre la enfermedad. Las pastillas de cloroquina me cayeron pésimamente, pero tenía que tomarlas. Los síntomas persistieron veinticuatro horas más y luego comenzaron a desaparecer, pero mi gastritis empeoró. Incrementé mi dosis de arroz con huevo para hacerle frente.

Lo más preocupante era que yo era mi propio doctor, ¿quién se iba a hacer cargo de mí en caso de llegar a una situación crítica? Era un lujo que no podía darme y menos con el hospital lleno de enfermos, la consulta externa repleta, el director borracho y el Ermitaño ausente por temporadas. Hasta acostada me sentía incomoda y sólo podía atenerme a los medicamentos que teníamos

en el hospital. Para colmo, no había avioneta por un paro laboral de los pilotos. O sea: tenía que mejorarme a como diera lugar por mis propios medios.

Después de cinco días de tratamiento, sentí una notable mejoría. Las enfermeras estuvieron muy pendientes de mí; incluso aquella de la que me dijeron que me cuidara tanto, fue quien más acudió a mi lecho de enferma. Me reincorporé al trabajo pensando que el incidente ya había concluido, pero apenas habían pasado otros cinco días, cuando empecé con los mismos síntomas.

Qué dilema: aparentemente tenía malaria, pero químicamente no se podía comprobar. Reinicié el tratamiento sin buenos resultados. Al transcurrir los días, empeoraba mi condición; me veía anémica, casi no tenía fuerzas para caminar.

Sentada en uno de los corredores del hospital, consideraba si soportaría el viaje en barco a la capital, cuando se me acercó la enfermera de la que los comentarios de otras enfermeras me habían prevenido, por sus “trabajos”. En voz muy baja, sentenció en mi oído: “Doctora, le tienen medido el espíritu”, mientras me miraba calibrando mi reacción. Agregó: “Usted sabe a qué me refiero”.

“¿Qué hago?”, fue todo lo que respondí. Al sentir mi impotencia, mi perplejidad ante mi propio caso, me dijo que no me preocupara, que me enviaría con alguien que sabía mucho más que ella; que estuviera muy pendiente, pues en la madrugada me llevaría a casa de esa persona que me curaría.

Derrotada ante las limitantes que se me presentaban, no me quedó más remedio que aceptar con resignación.

Como a las cuatro de la madrugada tocaron a mi puerta. Yo me había puesto unos tenis, un short y una camiseta, pues sólo así medio aguantaba los constantes sudores que me provocaba la enfermedad. Al abrir me encontré a un hombre negro muy grande, fornido, con una silla a su lado. Con señas me indicó que me sentara en ella. Era idéntica a la que había usado cuando llegué a Taipí.

Le obedecí. En cuclillas, se acomodó los tirantes del insólito vehículo a la espalda, se incorporó conmigo a cuestas y, sin proferir palabra, comenzó a andar sin aclararme a dónde íbamos. Creí que no hablaba español y no me resistí; ya ni para eso tenía fuerza.

Fuimos saliendo del pueblo por uno de los extremos y nos internamos en la selva. El hombre no llevaba agua ni alimentos, se veía que estaba entrenado para este tipo de trabajo. En la selva pasábamos por encima de árboles tronchados, ciénegas, troncos; él se desplazaba con agilidad extraordinaria en medio de la oscuridad.

Después de dos horas de andar así, el día aclaraba. En medio del mareo, me parecía que iba montada en una bestia; constantemente le preguntaba si ya íbamos a llegar, pero él nada contestaba. Me sorprendía: ni siquiera llevaba zapatos, y yo era la que no aguantaba el cansancio; iba desgreñada, tiritaba.

Al fin llegamos a un claro al lado de un riachuelo. Sobre él se asentaba una choza apoyada en cuatro troncos. Medía unos tres metros cuadrados y por entrada tenía unas escaleras mal hechas de madera. El hombre me bajó al suelo con delicadeza, y me señaló la entrada de la choza. Aturdida por el viaje, extenuada, recuerdo haberle dicho que no se me fuera, que yo le pagaba el transporte a mi me regreso, pero él no me prestó atención.

Entré preocupada porque no sabía qué encontraría. Empecé a decir ¡Hola!, ¡buenos días!, ¿hay alguien aquí? Una mujer con el cabello suelto casi hasta sus muslos salió a mi encuentro. No me dejaba ver su cara; lo único que podía percibir era la peste de la choza. Me indicó que me acostara en el piso. A través del endeble piso de madera se podía ver el paso del riachuelo. Se me ocurrió: “¿Qué tal que yo atendiera así a mis pacientes?”

Apenas me acosté, sin decir palabra, la mujer empezó a pegarme con unas ramas. Yo, paralizada de miedo, vi venir lo peor. Comenzó a escupirme las manos, la cara, el cuerpo, los pies. Después de semejante paliza, me pidió que me levantara y bebiera de un solo

trago una sustancia roja. Eso no me gustó nada, pero contra toda mi voluntad, me la tomé. Su sabor era repugnante y me dieron ganas de vomitar, pero ella me advirtió que por ningún motivo debía hacerlo. Como si dijera: “Es jugo de manzana”, precisó que era una mezcla de vísceras de animales y sangre de buey. Esto iba a empeorar mi gastritis seguramente...

La mujer terminó diciéndome que en los próximos días me iba a sentir mejor. Me entregó una bolsita de tela amarrada a una soguita de cuero, y me explicó que debía colgármela del cuello, y que mientras estuviera en la localidad, la mantuviera allí. Por nada del mundo podía abrirla. Se lo prometí.

De lo consternada que estaba, hasta olvidé preguntarle cuánto le debía por la consulta.

A la salida me esperaba el hombre negro y yo, como una mujer del siglo pasado, me regresé a la casa nuevamente montada en el transporte humano que me había llevado a la choza de la curandera.

En el camino, bombardeé al negro con preguntas. Para variar, no me contestó ninguna. Cerca de las diez de la mañana llegamos al pueblo. El hombre me depositó en la puerta de la casa de los médicos; todavía arriesgué un “¿cuánto le debo?”, pero por primera vez noté que tenía la mirada perdida.

Ya en el hospital, le pregunté a la enfermera misteriosa quién era este hombre de fuerza impresionante que no me había recibido el pago por el transporte. Ella se rio de mí y me dijo en forma burlesca: “¿No se imagina qué es?” Por miedo a escuchar la respuesta, sólo sonreí tímidamente y le agradecí su ayuda.

Pasé el día un poco indispuesta. Sólo de imaginar quién, o más bien qué, era el hombre, me temblaban las piernas. Él sabía el camino a mi casa.

Tres días después ya estaba totalmente recuperada.

## X

### LA ONZA DE ORO

Una noche, casi en la madrugada, me llamaron por un accidente de un minero. Al llegar a urgencias, observé a un hombre de unos cuarenta años llorando y gritando de dolor: tenía un fragmento de metal incrustado en el ojo derecho.

Tampoco ante esta situación sabía qué hacer. Como era usual, no había forma de mandarlo a la ciudad para que lo atendiera un especialista. No contaba con anestesia, así que elaboré una con la anestesia local que se usaba para las heridas y la mezclé con agua para aplicarla a manera de gotas en el ojo afectado, lo que produjo un efecto inmediato.

Aproveché ese momento de tranquilidad y le expuse al pobre hombre las posibles complicaciones de retirarle el pedazo de metal, incluida la probabilidad de que perdiera el ojo. Él contestó que hiciera lo que estuviera a mi alcance. Yo ni siquiera tenía el instrumental adecuado, pero la cosa era actuar rápidamente, así que tomé una aguja gruesa y, con una pinza, empecé a remover el fragmento mientras le explicaba que si la herida era muy profunda, podría derramarse el líquido del globo ocular.

Concentrada en la labor, en un parpadeo me percaté de que el lugar estaba lleno de los compañeros de este hombre, que era uno de los capataces de las minas de oro. Frente a tanto espectador, tuve que continuar removiendo el fragmento metálico que, afortunadamente, no estaba muy profundo, pero había lastimado seriamente la córnea. Una vez que terminé el procedimiento, le apliqué

antibióticos en gotas, le cubrí el ojo dañado y le di un sinfín de recomendaciones.

Muy contento, el minero se levantó de la mesilla y me dijo que tendría un detalle conmigo; yo sólo sonreí porque siempre me decían lo mismo y ya no regresaban. No había transcurrido ni una hora de que el hombre había salido del hospital con sus compañeros, cuando volvió con una bolsita que, dijo, contenía una onza de oro de veintitrés kilates. No pude más que asombrarme y decirle que era mucho, que podría ser el trabajo de un mes. Emocionado, contestó: "No importa, el bien que usted me hizo es para toda la vida".

## XI

### DE REGRESO A LA CIVILIZACIÓN

Por aquellos días hice buena amistad con una monja misionera, enfermera, que apenas llegaba al pueblo. Con ella pude desahogar mis sentimientos y el estrés al que me encontraba sometida; además, pude volver a comer bien, porque ella cocinaba riquísimo en la casita de monjas que quedaba cerca del hospital.

Luego de contarle mis experiencias con los pacientes, antes de partir de Taipí me dio un regalo que no hubiera imaginado: una lámpara de pilas, porque yo había sido “luz para mucha gente”, comentario que no quise ampliar para que no me echara algún rollo religioso. La verdad es que me dieron muchas ganas de llorar.

La monjita, las enfermeras del hospital, la curandera, el matón del director y doña Cleo, así como el médico ermitaño, se juntaron para hacerme una despedida en un área del convento que se llamaba la Casa de Dios. Allí comimos un delicioso arroz con coco. Como todo el mundo sabía que ya no soportaba el huevo, prepararon una rica carne asada y pastel. Comí como náufraga; nunca olvidaré ese momento.

Hacía una semana que ya tenía la maleta lista. Al fin me despedí de todas, y como no encontraba en qué irme, me prestaron una burrita que me llevó a la pista aérea, distante unos cinco kilómetros. Al llegar al aeropuerto, vi que el vuelo estaba repleto, así que me afané en quedar de primera en la fila para ganar lugar. La pequeña terminal parecía un mercado; todos nos empujábamos para alcanzar lugar. Me tocó sentarme en ventanilla, al lado de

un cura; era una avioneta de doce a quince plazas y no conocía a nadie. Al frente se podían ver los sistemas de navegación, pues la cabina no tenía puerta. Así pude observar que pilotaría una mujer y que no había copiloto; esto no era lo usual. Internamente rogué porque ella tuviera suficiente experiencia para volar dos o más horas sobre selva virgen.

No bien despegamos, empezaron las turbulencias; ráfagas de viento movían violentamente la avioneta. Junto con el cura, todos comenzaron a rezar, menos uno que gritaba que esto era normal. A los diez minutos de vuelo, se intensificaron las ráfagas; mientras más nos elevábamos, más se movía la avioneta. Luego de dos horas de tensión, la piloto nos informó que ya estábamos cerca del aeropuerto, pero que había un detalle: no debíamos desabrocharnos los cinturones de seguridad porque la avioneta no le respondía para aterrizar. Ahí fue cuando el cura de plano comenzó a pedir a gritos perdón por todos nuestros pecados.

Yo, en ese momento, extrañaba con fuerza el barco carguero. El único valiente insistía en que todo el traqueteo era normal, pero parecía una lápida verde. Y solamente podía escuchar al cura gritar que la hora de nuestra muerte había llegado; no sabía si rezar con él o darle con la maleta en la cabeza para que se callara.

Dimos varias vueltas en la pista; en una de éstas, la piloto se arriesgó y logró un estrepitoso aterrizaje, pero sin ninguna complicación. Ya en tierra, oí a algunos de los ocupantes preguntarse a sí mismos si estaban vivos. Yo sólo estaba ansiosa por regresar a mi casa, de la que nunca debí haber salido para hacer semejantes travesías.

## XII

### TRABAJANDO EN HISCA

Para completar los meses que le faltaban a mi año de internado, regresé al hospital San Felipe, en Hisca. El compañero con quien Flor y yo íbamos a iniciar las prácticas nos había conseguido un sitio donde vivir, en una casa antigua cuya propietaria, ya anciana, nos asignó un cuarto con dos camas y un pequeño armario para que nos acomodáramos como pudiéramos. Pagábamos quince dólares al mes, considerable cantidad para unas simples estudiantes. Además, nos quedaba muy lejos de la escuela; la mayoría de las veces teníamos que ir caminando por falta de dinero para el transporte.

La primera vez que entramos al hospital nos pareció tétrico. En la oficina del director, su secretaria nos entregó unas hojas con nuestro itinerario, que nos indicaba que empezaríamos en el área de pediatría.

Me tocó trabajar un tiempo en el área de hospitalización. Me sorprendió ver que, permanentemente, las salas de los niños estaban repletas; el área más impactante era la de enfermedades terminales.

Una noche de turno en el piso pude acercarme a una niña de escasos siete años con quien acostumbraba rezar antes de que se durmiera. Mientras descansaba en el cuarto oí los pasos acelerados de las enfermeras; al asomarme de un brinco a la puerta, las vi entrar a la habitación de la niña. Mi consentida sangraba por la nariz y la boca; su cuerpo estaba lleno de puntos rojos. Asumí que

se trataba de una hemorragia incontenible por falta de plaquetas y, sin pensarlo, ordené una transfusión mientras enviábamos las muestras de sangre al laboratorio. Pedí a una enfermera que llamara a los especialistas de turno, mientras trataba de frenar lo irrefrenable.

No era sólo la hemorragia: era la hora final de esta pobre chiquilla que, durante muchos meses, había padecido grandemente. Impotente, vi cómo su sangre purpuraba las sábanas. Lo que más recuerdo de ese momento es que en su rostro no había dolor o sufrimiento; por el contrario, sus labios dejaban entrever una sutil sonrisa de descanso.

Minutos después de llegar los especialistas, la niña fue decretada oficialmente muerta. Llorando, me puse a limpiar de su pequeño cuerpo la sangre que tenía por todos lados para que su mamá no se impactara al ver el cadáver. Me pareció infinita la cantidad de cables que tenía adheridos al cuerpo; su sufrimiento físico había sido doble, no sólo por su enfermedad, sino por el tratamiento médico mismo.

Para mis adentros, me preguntaba una y otra vez por qué había elegido ver tanto dolor en mi profesión, sobre todo en los niños; me reprochaba por enésima ocasión haber estudiado medicina. Con las aspiraciones tan nobles que tenía de estudiante, ahora solamente absorbía el dolor de las personas. No podía entender a los compañeros que tomaban la carrera sólo para robustecer su egoteca con títulos y honores, cuando el camino estaba formado de tanto sufrimiento y miseria humana. Para muchos, la niña que acababa de morir era un paciente más; para mí, era una vida menos.

Los meses de práctica pasaron; logré terminar el año de internado que me pareció eterno. Me esperaba el año rural de servicio social.

## XIII

### ALEGRÍAS

El pueblo se llamaba Alegrías, pero era un sitio de dolor y miedo. Sus habitantes eran más que amigables, hospitalarios y buenos, vivían apegados a las tradiciones; sólo había campos de café y cebolla en enormes terrenos, lo cual hacía que se convirtieran en pequeños esclavos de sus propias tierras.

Era mi primer trabajo como médica titulada y no podía decepcionar a quienes habían confiado en mí para desempeñar el cargo en la localidad. Sentía que llevaba a cuestas toda la responsabilidad del mundo, en un pueblo que tenía la primera médica de su historia. Lo que nunca imaginé fue que permanecería en el cargo por tantos años. Mi remplazo nunca llegaría.

Agarrado a la falda de una montaña, Alegrías tenía sus calles muy inclinadas; el solo hecho de caminar sus andenes producía mucha fatiga.

El olor a café me hacía recordar la finca de mi abuelo, donde el grano recolectado se asoleaba en enormes planchas. En Alegrías era igual, con el agregado del estiércol vacuno que formaba parte del adorno natural de las calles y motivaba que familias enteras se levantaran a muy tempranas horas para juntar la mierda de las vacas que les serviría para construir sus casas de bahareque.

Todos los días despertaba por los mugidos del ganado y los gritos de los arrieros a caballo que aceleraban y dirigían el paso de las vacas que, parsimoniosamente, desfilaban por la calle trasera del hospital, justo donde quedaba mi dormitorio.

Con los días, empecé a sentir que no trabajaba en el hospital, sino en una finca. La vecina frente al hospital tenía toda una variedad de bulliciosos pájaros, pero los que más me afectaron fueron los gallos, que desde las cuatro de la madrugada despertaban con su sermón de gritos, sin hacer menos al batallón del ejército colombiano que pasaba dos días a la semana a las cinco de la mañana, trotando y gritando frases asfixiadas. Y no era para menos, con semejantes calles era imposible correr y gritar sin sofocarse. Los militares aprovechaban para hacer ejercicio antes de que pasara el ganado, como a las seis de la mañana, para evitar correr en un mar de mierda, supongo. Así, todos estos incidentes se convirtieron en el reloj que marcaba la hora en que me debía levantar.

El hospital ocupaba un edificio amplio, bien distribuido, pero pequeño a la vez; era nuevo, construido como consecuencia de una promesa política más que de la convicción de prestar un mejor servicio. Quedaba a la entrada del pueblo y tenía algo muy particular en el estacionamiento: una barra metálica, a manera de pasamanos o baranda, lo que en un primer momento supuse una ayuda para las personas discapacitadas. Pero no. Era utilizada para amarrar perros, mulas, caballos y todo ser viviente usado como transporte o acompañante de la gente que llegaba de remotos lugares ubicados en las montañas.

Era todo un espectáculo ver los domingos, día de mercado, a todo tipo de bichos prendidos de aquella barra con el fin de aprovechar, como era costumbre, la visita al doctor para la compra y venta de ganado, la adquisición de productos alimenticios y la respectiva borrachera.

El área de consulta externa, donde estaba la sala de espera, era una fusión de olores de leña, café, monte y tabaco. Casi se podía medir la cantidad de gente por la intensidad del olor: cuanto más fuerte y penetrante era el tufo, más llena estaba la sala. Era tan penetrante el olor a leña, que parecía haber una fogata en medio del hospital.

Una silenciosa madrugada, en uno de tantos turnos en urgencias, mientras reposaba en la habitación para médicos escuché de repente el retumbar de la puerta del hospital. Afanosamente, una enfermera abrió la puerta y sentí un tropel de gente que corría hacia la sala de urgencias. Rápidamente me levanté y me dirigí a la sala, donde varios hombres cargaban al hombro el cuerpo de un joven militar que iba esparciendo por el piso pequeños fragmentos de masa encefálica. Acostaron al muchacho en una camilla; sobre él, un hombre mucho mayor, también con traje militar, desesperadamente le daba reanimación. Cuando pude acercarme, vi el cráneo de aquel muchacho completamente abierto, con un amplio orificio en la corona de su cabeza, por donde le había escurrido casi la totalidad del cerebro. Tuve que tomar la misma posición de aquel hombre mayor —al que todos llamaban el Comandante—, para continuar con la absurda reanimación de un cadáver sin cerebro y evitar ser acusada de negligente por aquellos hombres, e incluso para preservar mi vida, algo a lo que tendría que acostumbrarme en adelante, tratándose de un pueblo que era escenario del conflicto entre militares y guerrilleros.

Luego de algunos minutos del estéril procedimiento, así como entraron, aquellos hombres salieron llevándose al hombro nuevamente el cadáver con rumbo desconocido. Minutos después, todo el hospital estaba rodeado por tanquetas y soldados en busca de aquellos hombres a los que se había tragado la montaña.

Un oficial de aspecto pulcro, que parecía tener rango mayor por las insignias de su uniforme, flanqueado por dos soldados, se acercó al escritorio de urgencias en donde me encontraba haciendo las anotaciones respectivas sobre los últimos heridos. Su mirada era fría, directa y desconfiada. Parado frente a mí, preguntó sobre las personas que habían llegado heridas a urgencias, su aspecto, su vestimenta, su acento, e incluso sus apodos. Me insistía en que debía fijarme bien a quiénes atendía, lo que interpreté como una amenaza.

A pesar del temblor de mi cuerpo, honestamente no pude contestar las preguntas; había puesto mi atención en la reanimación y no en los detalles que intrigaban al oficial. Muy molesto, dio media vuelta y, junto con su escolta, salió cerrando de un golpe la puerta de entrada.

## XIV

### LA EXPLOSIÓN

Una semana más tarde, me encontraba atendiendo en consulta externa a la infinidad de pacientes que solían llegar los lunes desde las siete de la mañana; era una mezcla de personas con hipertensión, tuberculosis, diabetes, lepra, asma, diarrea, en fin, lo de siempre. Luego de casi ocho horas agotadoras de consulta, la enfermera de turno me avisó que el ejército había dejado a una mujer muerta en la morgue. Al terminar la consulta, tendría que realizarle la autopsia. Mi desayuno y almuerzo pasarían a ser cena.

Cerca de las tres de la tarde, terminé la consulta y me dirigí a la morgue, en la parte trasera del hospital. Por cierto, la morgue también fungía como bodega de material y herramientas del hospital. Cuando llegué a la puerta de aquella tétrica área, encontré el cuerpo de una mujer de complexión mediana sobre la manchada y acabada mesa de concreto usada para autopsias, con un atuendo militar sucio, desgastado, sin bordados o escudos. Su abundante cabello oscuro, sujetado con una trenza, se recostaba sobre el hombro izquierdo. Sus piernas estaban totalmente destrozadas; seguramente había pisado una mina queiebrapatas (antipersonales). Pensé que no me llevaría mucho terminar la autopsia, dado que era evidente la causa de muerte.

Una vez que empecé la revisión del cadáver, encontré múltiples esquirlas en su cuerpo. Las estrías en su abdomen hablaban de que había estado en embarazo. Lo que más llamó mi atención fueron los moretones en sus labios, como si hubiera sido golpeada. Al

revisar su boca, noté en lo profundo de la cavidad un objeto semejante a un huevo, oscuro, metálico. Mientras me disponía a sacar aquel objeto, tocaron la puerta. Era un apuesto militar quien, luego me enteraría, era capitán de la compañía acantonada cerca del pueblo. Cortésmente preguntó sobre el cadáver, así que lo invité a pasar para que viera por sí mismo mis hallazgos. Llegó a las mismas conclusiones sobre la mina quiebrapatas, pero cuando le pedí que se acercara para que me ayudara a extraer el extraño objeto de la boca, se quedó mirándolo fijamente y, de pronto, se puso pálido unos segundos y prácticamente me sacó de la morgue mientras gritaba claves inentendibles a través de su radiocomunicador.

A los pocos minutos había toda una elite militar fuera de la morgue, con trajes especiales. Ingresaron por la puerta trasera y, con riguroso cuidado y silencio, subieron cuidadosamente el cadáver a una camioneta estacionada, que para esa hora ya estaba completamente rodeada por los vecinos del hospital, dispuestos a ver el espectáculo. Muy angustiado, el capitán me dijo que el huevo oscuro metálico era una granada sin detonar, y que no podía entender por qué no me había explotado luego de tantos intentos fallidos para extraerla.

—¿Y ahora qué van a hacer?

—Llevar el cuerpo al campo de fútbol para detonar la granada sin peligro para la gente.

No podía ni quería imaginarme la explosión del cuerpo de aquella mujer, madre, hija o tal vez hermana, hoy convertida en una víctima más de un conflicto estéril en donde perdimos todos.

Me quedé muy preocupada, en la tensa espera de escuchar en cualquier momento la explosión, lo que significaría que nadie podría identificar a la mujer de hermosa cabellera. Sería, como tantas, otra persona sin posibilidad de contar su historia y de quien se perdería toda huella.

Finalmente escuché la detonación. Con la angustia a cuestas, continué mi consulta, mi trabajo, mi vida.

## XV

### ENCLAVADA

No siempre podía ofrecer mi consulta en las veredas y caseríos a mi cargo, a pesar de tener ensillada la mula, lista para llevarme a las montañas. De vez en cuando, aquellas pacíficas localidades se convertían en centros de batalla entre el ejército regular y la guerrilla.

A veces, los mismos habitantes me alertaban del peligro de continuar por tal o cual camino. Otras, había banderas rojinegras colgadas en lo alto de algún árbol, marcando territorio guerrillero, por lo que después de mucho cabalgar tenía que regresar sin haber realizado una sola consulta.

En las cabalgatas siempre me acompañaba la Negra, con su gran caballo marrón. Era una hábil jinete y conocida enfermera de la localidad; llevaba a cuestas los termos con las vacunas para los niños y las maternas, así como el material de curación que utilizaríamos ese día para lepra, leishmaniasis, heridas infectadas por machete, y un largo etcétera.

Mientras cabalgábamos por un estrecho sendero, escuchamos, no muy lejos, gritos y lamentos que parecían ser de niños. Apresuradamente nos acercamos al lugar de donde provenían, desviándonos del camino hacia una pequeña colina coronada por una casita de bahareque. Allí, dos niños de siete y cinco años, quizá, y una niña de tres, estaban sentados en la cama mirando hacia el lado derecho de la pequeña habitación.

Buscando con la mirada lo que les causaba tanto terror, descubrí a una mujer clavada en la pared, casi suspendida, pataleando, tratando de apoyar sus pies sobre un pequeño nochero de madera.

Con el corazón a punto de reventar, sintiéndome paralizada y torpe, le acerqué aquel mueble de madera para que pudiera apoyar sus pies.

La estaca de madera que le atravesaba boca y garganta la sujetaba a la pared. Trataba desesperadamente de sostenerse con su mano derecha a la estaca, tal vez para evitar que el peso de su cuerpo la desgarrara aún más, acelerando su muerte delante de sus hijos. Con la mano izquierda, me hacía señas desesperadas para que sacara a los niños de la habitación. Rápidamente, la Negra cumplió la instrucción.

A solas con la mujer que se extinguía sangrando por la boca, intenté hablar con ella, pero nada se me ocurría. Le dije que era médica y que trataría de ayudarla. Ella, creo, asintió con sus ojos llorosos.

Estaba ante una terrible decisión: dejarla allí, en una asfixia agonizante, esperando que muriera, o tratar de arrancar la estaca de la pared y de su boca, lo cual sería espantosamente doloroso para ella, corriendo el riesgo de acelerar su muerte ante la hemorragia inminente.

Me trepé cuidadosamente al nochero donde la mujer sin nombre tenía apoyados sus pies e intenté calcular la profundidad con que había sido clavada la estaca para extraerla de un solo intento rápido. Fue entonces cuando me tomó por el hombro con su mano izquierda y me señaló un viejo armario en el rincón de la humilde pieza. Sin pensarlo, me tiré del nochero y, abriendo los cajones del armario, saqué ropa, fotos, papeles, mientras buscaba constantemente su mirada, atenta a una indicación suya.

Al fin saqué un sobre de Manila cuidadosamente cerrado y pensé: "Esto debe ser lo que necesita". Sólo unos segundos desvié

mi mirada de ella para ver aquel sobre. Cuando volví a mirarla, estaba inmóvil con sus grandes ojos cafés abiertos, las pupilas dilatadas, viéndome fijamente, sin emitir sonido o seña alguna. Al acercarme, tiré el sobre en la cama, tomé su muñeca y constaté que ya no tenía pulso. Definitivamente estaba muerta.

Llamé a la Negra para que me ayudara a bajar el cuerpo. Decidimos que yo halaría la estaca para sacarla de la pared y de su boca, poniéndome sobre el nochero, mientras la Negra se encargaría de aguantar el peso sin vida. Lo intentamos tres o cuatro veces y observamos pequeños avances. Cambiamos papeles: la Negra halaría la estaca. Bastó un solo jalón de ella para que se nos vinieran encima la estaca, el cuerpo sin vida y un pedazo de pared. El estruendo fue terrible; caímos al piso las tres.

El cuerpo de la mujer ocultaba un letrero de cartón sujeto por la misma estaca a la pared, donde se leía: "Por sapa", una expresión aplicada a quienes se creía habían delatado a sus verdugos. Durante el ejercicio de mi profesión en Colombia, vi letreros similares en tragedias de este corte.

Acostamos el cuerpo sin vida en el piso de tierra y lo cubrimos con la sábana rota de la cama. Salí por los niños, con las manos y la ropa cubierta de sangre; caminaba confusa, con un peso enorme, cargando otra culpa sobre mis hombros. Suavemente abracé a dos niños y los acerqué a su mamá.

De pronto, se presentaron un hombre y una mujer de la mano del hijito mayor de la difunta, quien en un descuido había corrido a la finca más cercana para pedir ayuda. Los vecinos, muy compasivamente, abrazaron a los tres niños. Torpemente traté de explicarles lo que había pasado, pero parecía como si ya lo supieran, quizás acostumbrados ya a ese tipo de barbarie, o porque sabían de amenazas anteriores. Lo único claro era que alguien, o algunos, para dejar un mensaje de terror en aquella comunidad, agredieron, torturaron y mataron salvajemente a una mujer en presencia de sus hijos.

Intenté averiguar más, pero imperaba un código de silencio. Decidí recomendar a los tres niños a aquellos vecinos, y les entregué el sobre de Manila que la difunta me había encargado. No necesitaron abrir el sobre para conocer su contenido; me dijeron que allí dentro estaban las escrituras de la casita y sus pocos metros de tierra; los registros civiles de nacimiento de los niños y la niña, y algunas fotos. Se comprometieron a entregar el sobre a la hermana de la difunta; ella sabría qué hacer —afirmaron, como si este momento ya hubiese estado previsto.

## XVI

### LA DESPISTADA

En aquella época imperaba un mal tiempo en la localidad: cuando no era por las constantes lluvias era por la guerrilla. En mi trabajo, además de la consulta hospitalaria, debía recorrer una vasta zona llena de veredas y caseríos a los que frecuentemente tenía que visitar.

En una de tantas visitas para atender a otros pacientes, tuve que viajar a dos horas de distancia de Alegrías, por una carretera destapada, llena de charcos y derrumbes, para llegar a Pueblo Escondido que, haciendo honor a su nombre, está oculto por la vegetación y las montañas. Sólo tenía una placita con su respectiva iglesia y un pequeño centro de salud donde usualmente se citaba a los pacientes, para la consulta, una vez por semana. Desde luego, no faltaba la cantina en la plaza, más concurrida que la misma iglesia. Allí se podía tomar desde un simple café hasta una botella de aguardiente. Por eso, en el sitio se encontraba desde la señora más encopetada del pueblo tomando café con sus amigas, hasta el peón borracho, con su caballo amarrado afuera, esperando pacientemente para llevarlo a la finca.

En una de mis tantas visitas tuve una experiencia que, como muchas, jamás olvidaré. Pueblo Escondido estaba de fiesta por esos días; la verdad, no sé de quién o para qué era la fiesta; lo importante eran las cabalgatas. Los ricos hacendados sacaban sus mejores pintas y los más hermosos caballos para impresionar a todo el pueblo. Como era costumbre, cerraban las calles para evitar el paso de los

carros. Yo, poco amiga de las fiestas, quise terminar lo más pronto posible la consulta para salir del pueblo antes de que se celebrase la cabalgata y llegar a Alegrías todavía con luz solar.

En medio de la llovizna, salí del centro de salud con paso apresurado para llegar al viejo jeep que conducía y me servía para viajar por tan inhóspitos caminos. La llanta de repuesto estaba sujeta a la puerta de atrás porque, necia ante las recomendaciones del mecánico que me sugería ponerla en el asiento trasero para que la puerta no se desajustara con los brincos, preferí siempre dejar la llanta en la puerta; el jeep lucía mejor así.

Afanosamente tomé la carretera que me llevaría a Alegrías. En la salida de Pueblo Escondido, advertí carros aparcados a lado y lado de la carretera. Temiendo que la cabalgata ya hubiera empezado, aceleré casi a fondo, con escasa visualización porque no servían mis limpiaparabrisas. Alcancé a ver algunas caras conocidas que, desde sus carros, me hacían señas con las manos, como saludándome, y yo, jovial cual reina en su carroza, con un guiño y una sonrisa les regresé el saludo.

Sintiéndome muy audaz, salí del pueblo. Fiel a mi costumbre, puse una salsa a todo volumen para alegrar mi camino y comencé a cantarla. Entonces escuché algo semejante a un trueno; aceleré para poner distancia entre la lluvia y el jeep. A más tronidos, más volumen a la música; seguí cantando la canción que me recordaba viejos amores. Avanzaba montaña arriba siguiendo la sinuosa y resbaladiza carretera que me llevaría a Alegrías; contenta, observé que no había tráfico y lo adjudiqué a las fiestas del pueblo.

Quince minutos más tarde, me crucé de frente con lo que parecía una tromba de militares bien armados en sus camionetas. Traté de acomodarme a un lado de la estrecha carretera. De una de las camionetas que pasó muy cerca del jeep, un militar sacó la cabeza para preguntarme por el retén de la guerrilla a la salida de Pueblo Escondido. Respondí que no sabía; no me había dado cuenta.

Un soldado de a pie se me acercó por la otra ventanilla del jeep y me espetó: “¿Sabe usted que tiene en su llanta de repuesto dos impactos de bala?” Casi desvaneciéndome, momentáneamente olvidé cómo arrancar el jeep, las piernas me temblaban. Hilé hechos y deduje lo que había pasado: los guiños y señas de la gente a la salida de Pueblo Escondido no eran saludos, sino indicaciones para que me detuviera ante el retén de la guerrilla. El estruendo que atribuí a los truenos, realmente fueron disparos. El alto volumen de la música impidió que me percatara de lo que pasaba.

Qué bueno que soy tan, pero tan despistada, defecto bien reconocido por mi familia. Nunca creí que algún día pudiera salvarme la vida.

El trayecto a Alegrías se me hizo eterno. Llegué sana y salva, estacioné el jeep, chequé la llanta de repuesto... y apenas vi los impactos en el rin, me senté en el piso a llorar por haberme salvado milagrosamente de una “pesca” —como entonces se les llamaba a los retenes de los grupos al margen de la ley, principalmente de los guerrilleros. Pensé en los que no se habían salvado como yo, en los que habían secuestrado, o peor: los que habían matado.

Al día siguiente me enteré de que en dicho retén habían secuestrado a cerca de diez personas que fueron internadas por la fuerza en la espesa vegetación de las montañas y de las que, como muchas otras, probablemente no volveríamos a saber.

## XVII

### EXORCISMO

Inesperadamente, la Toña llegó a visitarme para respirar aires más claros y tranquilos que los de la capital. Al día siguiente de su llegada, decidimos tomarnos unos aguardientes para conversar sobre los viejos tiempos.

Mientras recordábamos algunos pasajes, mi amiga de la universidad rompió en llanto y empezó a hablarme del sinfín de calamidades que había sufrido en los últimos dos años. La primera fue el rompimiento con su eterno enamorado —compañero de carrera—, del que pensábamos que jamás se separaría. La segunda fue una fuerte contusión en la cabeza, luego de que una pequeña maceta de barro le cayera desde un balcón. Otra abarcaba tres choques seguidos con su carro. También perdió los dos trabajos que tenía, en fin, que en el espacio de cuatro horas de plática contabilizamos veintidós terribles incidentes en veinticuatro meses.

Recordando a mi buen amigo el cura del pueblo, carismático y reconocido popularmente por su ritual de liberación, que según algunos pacientes habían requerido para enfrentar sus males, sugerí a la Toña que fuéramos a verlo para escuchar su opinión.

En la casa cural, el apuesto padre Chepe nos invitó a su despacho; se sentó en la silla del escritorio y nosotras ocupamos las de las visitas. Nos pidió que oráramos con él y repitiéramos sus palabras y extendiéramos las palmas de nuestras manos al frente. El padre, bien concentrado, rezaba en voz alta mientras nos aplicaba

en manos y frente algún tipo de aceite que me generó un escozor cercano al ardor.

Por un momento pensé que se trataba de una broma del cura, con quien me llevaba muy bien. Sin embargo, noté que la Toña no se inmutaba y empecé a preocuparme.

Al escuchar al padre Chepe hablar en un lenguaje inentendible, la preocupación se transformó en angustia. Quise tranquilizarme y pensar que el escozor que sentía en las manos era una reacción alérgica a aquella sustancia, pero el ardor se fue haciendo insostenible. Lo peor era que Chepe nos había advertido, una y otra vez, no interrumpir el ritual pasara lo que pasara.

En un momento dado, el padre me impuso sus manos en la cabeza mientras leía una y otra vez el mismo texto. Así estuvo un largo rato, y yo casi me quemaba del terrible ardor y sin poder decir nada.

Por fin concluyó conmigo y pasó unos breves segundos con la Toña. Si yo me estaba quemando, suponía que, por lo menos, la Toña caería al piso convulsionando, pero ella no sintió nada.

Terminada la sesión, Chepe nos hizo algunas recomendaciones, en especial a mí. Me regaló unas oraciones que se convertirían en arma de fortaleza para las siguientes epopeyas.

Al salir de la casa parroquial, le pedí a la Toña que nos tomáramos un ron para tranquilizarme, pues todo había estado confuso. Se suponía que quien requería la liberación era ella y resultó que la liberada fui yo. O, por lo menos, eso fue lo que supuse.

Al día siguiente, muy temprano recibí la visita del padre Chepe en el consultorio del hospital para decirme que uno de los párrocos le había pedido que la próxima vez que hiciera una liberación no invitara a tanta gente. Me quedé muy extrañada. Según el quejoso, había apreciado, a través de la ventana del despacho parroquial, a más de diez personas en el ritual, entre hombres y mujeres.

Automáticamente, la piel se me puso de gallina. ¿Lo decía en serio? Acostumbrada a tanta cruda realidad, sólo me faltaba esto.

Después de una pausa dramática, el padre me pidió con seriedad que, antes de iniciar cualquier autopsia, hablara con el muerto, le explicara lo que iba a hacer y realizara las oraciones que me había indicado. En el pueblo, sólo yo estaba asignada y capacitada para realizar autopsias de muertes violentas.

Parecía cosa de locos. Luego pensé que el mensaje era más profundo: hablar frente al cadáver podría ser la forma de liberar mis miedos. En fin, podría ser mi propia terapia.

## XVIII

### LA PESCA MILAGROSA

Junto con Pepe y Lucho, compañeros de trabajo, llevaba una larga semana planeando el viaje desde Alegrías hasta Zocam, a seis horas de distancia, para visitar a nuestras familias. Acordamos que iríamos en el jeep de Pepe. Viajaríamos en la madrugada del sábado y regresaríamos en la madrugada del lunes. Era necesario viajar muy temprano; las noches se habían convertido en la ocasión perfecta para ser víctima de alguna “pesca milagrosa” organizada por la guerrilla en nuestra ruta.

Salimos de Alegrías a las dos de la mañana. Después de tres horas de carretera, llegamos a una larga fila de carros. Dos hombres con atuendo militar muy desaliñado y botas plásticas se acercaron al carro que estaba delante de nosotros, pidiendo documentación.

Al instante, Pepe comenzó a revisar su billetera para esconder su carné de empleado de gobierno. Aterrado, al no encontrar un sitio seguro para esconderlo, lo metió en su boca, masticó rápidamente y lo tragó. Lucho, también trabajador del gobierno, metió su carné en un zapato. Yo no llevaba documentación alguna; por recomendaciones de amigos que ya habían pasado por esta experiencia, era mejor no andar por las carreteras con documentación.

Los hombres, que después sabríamos eran guerrilleros, se acercaron a nosotros y exigieron a mis amigos su documentación. En respuesta, sólo entregaron su documento de identidad y manifestaron ser comerciantes.

El más joven de los guerrilleros le pidió a Lucho su fino lapicero dorado, que siempre presumía. El otro hombre le pidió a Pepe el estuche de su celular para dizque guardar su radio. Yo notaba la indignación de mis amigos ante el descarado robo. Luego, nos pidieron bajar del jeep. Angustiada, bajé detrás de mis compañeros.

Aquellos hombres nos pusieron en fila al lado de otras veinte personas. Al acercarse otro grupo de guerrilleros, comandados por una mujer a quien le decían “comandante”, Lucho dijo en voz alta: “¡Oiga, señora, dígame a su gente que me devuelva el estuche del celular y el lapicero que nos quitó!” La mujer, que cargaba un enorme fusil y una pistola a la cintura, sin responder se acercó al joven que nos había pedido la documentación y le dijo: “¡Para qué un lapicero si ni escribir sabes, hijueputa!” Luego, sacó su pistola y le pegó un cachazo en la cara frente a todos.

Muy molesta, la comandante volteó hacia los que estábamos reunidos y nos obligó a quitarnos los zapatos y lanzarlos por un barranco que había atrás de nosotros, así no podríamos escapar, pues el áspero terreno estaba lleno de piedras.

Inevitablemente, a Lucho se le cayó el carné del zapato. Sin pensarlo, jugándome la vida, tapé el carné con un pie. Muy afeitados, los guerrilleros trajeron algunas botas plásticas negras y nos gritaron: “¡Apúrense, apúrense que ya viene el ejército y no queremos que se arme la balacera!” Ordenaron que las botas se las pusieran los hombres; ellos, junto a los guerrilleros, correrían más rápido por la escarpada montaña para escapar.

Calzando las botas de plástico, los hombres dieron apurados abrazos a sus esposas e hijos, algunos llorando; todos fueron empujados a subir por la montaña. Descalza, veía a Pepe y a Lucho alejarse de mí. Por un instante nos tomamos de la mano. Luego desaparecieron en la espesura. Me quedé inmóvil hasta asegurarme de que nadie me vería recoger el carné. Como pude, llegué al jeep y me ofrecí a llevar a algunas personas. Ya se escuchaban los

helicópteros cerca y temíamos que se desatara un enfrentamiento que pusiera en peligro a los recién secuestrados.

Hasta el día de hoy, aquí en este exilio, no he vuelto a saber nada de ellos. Desde entonces, cada vez que tengo noticias sobre liberaciones de secuestrados, con ansia espero escuchar o leer los nombres de Pepe y Lucho, amigos queridos.

## XIX

### JUANITO

Habían pasado cinco años desde mi llegada a Alegrías y aún seguía allí. Ese día, como siempre, me encontraba trabajando desde muy temprano en la consulta cuando vi a Juanito casi doblado de dolor en una silla de la sala de espera. Me acerqué y le pedí que entrara de inmediato al consultorio.

El niño, un indígena de doce años, acompañado por su madre, estaba pálido, sudoroso. Acostado en la camilla, palpé su abdomen, duro como una tabla. El ultrasonido reveló algo que podría ser sangre en el área de la pelvis. El hallazgo me sorprendió, pues se- mejaba un útero lleno de sangre. Remité al niño a un centro hos- pitalario de mayor nivel.

Traté de explicarle a su madre lo inusual de mi hallazgo, pero no hallaba palabras para hacerlo. Tampoco estaba segura; no tenía mucha experiencia en el manejo del equipo de ultrasonido, sólo había recibido un curso básico para atender casos urgentes.

Lo único que atiné a decirle a la madre de Juanito fue que pa- recía tener sangre acumulada en el abdomen; que no estaba segura de dónde provenía, pero que era necesario extraerla. Muy pro- bablemente requeriría algún tipo de intervención quirúrgica.

Mientras se acumulaba mi consulta, hice llamar al conductor de la ambulancia para que llevara a Juanito de inmediato al hospital de tercer nivel en Zocam, a seis horas de viaje. La madre, que a du- ras penas hablaba español, me dio a entender que no conocía a nadie en la ciudad; tampoco tenía ropa ni dinero. Sin meditarlo

un segundo, mientras se hacían los preparativos del traslado, fui al pequeño cuarto que alquilaba frente al hospital y saqué de la cartera algunos pesos que tenía guardados; podían ayudarle a la señora a solventar algún gasto mientras Juanito estuviera internado en el hospital.

Juanito se fue con su madre en la ambulancia y yo seguí ocupada en el sinfín de consultas, viajando a distantes caseríos, atendiendo urgencias.

Seis meses después, entró a la sala de consulta la madre de Juanito con una adolescente de cabello negro hasta los hombros, agarrado por dos hebillas doradas, y luciendo un vestido blanco con flores.

—Señora, ¿cómo está su hijo? —le dije.

—¡Si lo está viendo, doctora!

La cabizbaja adolescente me miró: su rostro era el de Juanito. Enmudecí.

De la explicación entrecortada de la madre entendí que, en el hospital de Zocam, le hicieron diversos estudios a Juanito y descubrieron que tenía matriz y ovarios. El sangrado acumulado en su matriz se debía a su primera menstruación. Lo operaron de inmediato.

No interrumpí el relato. La mujer tomó aire y me contó el dilema en el que se vio. A pesar de no entender muy bien lo que le pasaba a su hijo, el médico la convenció de que sería más fácil dejarle los órganos internos que eran funcionales y que estaban intactos, y eliminar los órganos externos, que no estaban adecuadamente desarrollados. Le aseguró que todo saldría bien, que Juanito se adaptaría luego de otras intervenciones y de un tratamiento psicológico.

Lo peor estaba por venir. La madre de Juanito me pidió que comenzara a llamarlo Juanita, lo que evidentemente disgustaba a la adolescente; pude percibir que no sólo le molestaba, sino que le humillaba el atuendo que traía. Creo que lo sentía como un disfraz.

La madre me detalló como pudo todos los cambios en la vida de su hijo: seguía yendo a la misma escuela agrícola, pero había aprendido las actividades domésticas que se asignaban a las niñas; se encargaba de la recolección de madera para el fogón de leña, del cuidado de los animales y del pequeño sembradío familiar.

La madre de Juanita, como me insistía que la llamara, me pidió que hablara con su hija a solas para convencerla de su nueva identidad, lo cual me parecía absurdo; sin embargo, accedí para escuchar el sentir de su hija.

Sentada al lado de Juanita, vi en su amarga mirada mucho sufrimiento. Rompió en llanto cuando le pregunté cómo se sentía: “¡Todos se ríen de mí! ¡Ya no puedo jugar fútbol! Habla con mi mamá, ya no quiero vestirme así, ya no quiero ir a estudiar. ¡Quiero estar como antes!”

Impotente, me sentí culpable. Pude haber hecho algo para evitar esta terrible situación, tal vez informar a la madre sobre la decisión a la que se tenía que enfrentar. No entendía por qué todo fue tan rápido en el hospital, por qué no respetaron quién era el niño, por qué decidieron por él. Tal vez, al verlos tan humildes, no les importó seguir un proceso más pausado, más meditado.

Pasaron sólo unos días. Después de un agotador día de consultas, una enfermera me informó que me aguardaba trabajo en la morgue. Pensé: “El muerto puede esperar hasta mañana” y continué caminando por el pasillo del hospital que comunicaba el área de consultas con la habitación médica y la morgue. Me detuve al escuchar los lamentos de una mujer que lloraba desesperada sobre un cuerpo tendido en la plancha de cemento donde colocábamos los cadáveres. El corazón me dio un vuelco.

Sí, la doliente era la madre de Juanito, quien se ahorcó tendiendo una cuerda en el marco de una puerta, dando así fin al viacrucis que había iniciado cuando le diagnosticué aquella hemorragia.

## XX

### LOS NIÑOS DE LA GUERRA

Estaba llegando de trabajar en uno de los caseríos más lejanos, cuando vi un camión de volteo en las afueras de la morgue. Un grupo de militares sacaba del vehículo, a patadas y jalones, los cuerpos inertes de los que parecían ser guerrilleros, tirándolos como fuera al piso. En la escena había odio, dolor, pena.

Después de un breve descanso, me dirigí a la morgue, y pedí de paso ayuda a un empleado del hospital para lidiar con los cadáveres. Había más de diez cuerpos apilados uno sobre otro. Mi sorpresa fue mayúscula cuando noté que se trataba de niños, ninguno mayor de quince años. Algunos tenían la cabeza totalmente destrozada; otros apenas si tenían piernas; unos tenían orificios tan grandes en su pecho que era posible ver al otro lado. Era obvio que habían servido como carne de cañón. Estos niños, seguramente extraídos de hogares campesinos con inexperiencia en la guerra y sin una razón para luchar más que la necesidad de preservar su vida, habían enfrentado a un ejército curtido en combates como hombres hechos y derechos.

Quería orar ante ellos, como me lo había pedido mi amigo el cura, pero no podía. Sólo veía la imponente pared de niños muertos, apilados y destrozados, niños de quienes nunca se sabría su identidad ni su historia, que irían a parar a la fosa común, olvidados por todos. Su presencia era abrumadora.

Finalmente, la oración la hice de otra manera.

Uno por uno los fui bajando de aquella pila, atenta a preservarlos lo mejor posible. Fui determinando en cada uno, la manera, la causa y el mecanismo de su muerte, tratando de reconstruir sus rostros y cuerpos, buscando disimular un poco las deformantes heridas.

La maratónica labor me llevó casi toda la noche, sin contar el extenso papeleo que debería realizar al día siguiente ante las autoridades locales, a quienes tendría que entregarles los pequeños cadáveres para que fueran inhumados en el cementerio local, sin misa ni funeral, sin familiares, sin amigos, solos, completamente solos.

## XXI

### EL PARTO

Una fría noche de octubre —justamente un día después de haber atendido a varios heridos por la bomba que detonó la guerrilla en un banco del pueblo para robarlo—, dormía en la habitación que alquilaba.

Entre sueños escuché toquidos en la puerta. Insistieron. Me levante y abrí rápidamente. Eran dos hombres mal encarados, con armas fajadas a la cintura. Parecían campesinos, pero obviamente no lo eran. Muy amablemente me pidieron atender a una parturienta en el hospital.

Mientras me cambiaba de ropa, empecé a orar como me lo había pedido el padre Chepe; era lo único que podía hacer para no pensar en otra cosa. En pocos minutos llegué a la sala de partos.

En la mesa ginecológica, lista para dar a luz, se hallaba una mujer calzada con botas de plástico negras —que nunca se quitó, por cierto— y una enorme pistola a un costado. “Guerrillera”, me dije, mientras me acercaba a examinarla.

De su vagina salía el pie de un bebé. Una inexperta e inmóvil enfermera, y en la puerta de la sala de partos los hombres que me habían despertado, no presagiaban un buen desenlace. Entre gemidos, la mujer me agarraba fuertemente del brazo, diciéndome: “¡No lo deje morir, doctora!” Nunca antes había atendido un parto de esta naturaleza, y mucho menos en tales condiciones. Sabía que había dos vidas en peligro: la del bebé y la mía. Salvar al bebé implicaba salvarme.

Intenté acomodar y rotar a la criatura para sacarla de cabeza, pero no fue posible a pesar de varios intentos. Tenía miedo de que al sacar el cuerpo del bebé por los pies, la cabeza quedara atrapada en la pelvis. Me atormentaba el recuerdo de una historia que contaban los residentes de obstetricia en el hospital de San Felipe, donde había hecho mis prácticas, sobre un niño a quien intentaban extraer mediante fórceps, pues sus hombros estaban trabados en la pelvis de la madre. Fue tanta la tracción, que se quedaron con la cabeza del bebé entre los fórceps.

Mi corazón latía tan rápido que apenas podía respirar. Los pies del bebé ya se veían morados, así que no tuve otra opción que sacarlo por los pies. Conocía la técnica sólo en libros. Saqué el otro pie y, sujetando ambos, poco a poco fui sacando el resto del cuerpo, hasta que llegué a la cabeza. Pedí que Dios me ayudara, pues tendría que hacer una sutil tracción para sacar la cabeza y, al fin, extraer totalmente al niño. Si esta maniobra fallaba, era mi fin.

Logré sacar completamente al bebé, pero ni gritaba ni respiraba. Aún impregnado de líquido amniótico y de sangre de la madre, lo coloqué en la pequeña mesa que tenía al lado, me incliné sobre él y le di respiración artificial, animándolo con palabras también: “¡Respira, respira!”

Volví a la vida cuando escuché su grito, y la coloración de su piel fue tornándose más rosada. Uno de los hombres se acercó a la parturienta y, lejos de felicitarla, le indicó que se apurara. Ella se veía triste, abrazando a su bebé fuertemente, como si fuera una despedida.

Minutos después vendría el alumbramiento, momento en el que tendría que sacar la placenta para luego cerrar el amplísimo desgarró vaginal que había ocasionado un parto tan traumático. En todo momento me veía presionada por los dos hombres para que terminara rápido.

La mujer había sangrado muchísimo, no podría caminar en esas condiciones. Sin embargo, con extraordinaria fortaleza y su hijo

en brazos, me pidió que hiciera algo que la ayudara a aguantar. La llené de gasas a manera de taponamiento para que soportara la calbata que le esperaba.

Hasta el día de hoy, sigo suponiendo que su hijo no la acompañó de vuelta a las montañas, y seguramente, con gran desesperación, tuvo que dejarlo en algún lado, lejos de una vida de resentimiento, dolor y soledad. No alcanzo a imaginar cuántas mujeres guerrilleras han pasado por lo mismo para seguir cargando con miedo un fusil en la estéril batalla de horror que aún persiste.

## XXII

### EL EXILIO

Después de siete años de trabajo continuo asignada a una plaza de trabajo que nadie estaba en disposición de cubrir; viviendo en condiciones francamente angustiantes; atestiguando impotente la desaparición cada vez más frecuente de amigos en “pescas milagrosas”; a veces haciéndome cargo de más cadáveres que de pacientes, y enfrentando un sinfín de amenazas por mi trabajo, no tuve otra opción que vivir exiliada de los míos, de mi patria, de mi historia e incluso de mis costumbres.

Colegas de la capital me avisaron que asistirían a un interesante congreso en México. Indagué lo necesario y solicité una licencia para participar en el acontecimiento y prolongar unos días más mi estancia en este país, alejándome por un corto tiempo de la violenta cotidianidad en que se había convertido mi vida.

En el congreso conocí a quien hasta hoy considero un gran amigo y aliado, el licenciado Gómez, quien ocupaba un cargo directivo en la policía y me había invitado a trabajar unos días para capacitar a los médicos en la evaluación de daños físicos a víctimas de violencia.

Llevaba apenas unas semanas en México, cuando supe que el pueblo en el que trabajé tanto tiempo había sido tomado por la guerrilla, desatando fuertes y sangrientos combates con el ejército. Días más tarde de la toma, en su propio consultorio, asesinaron al director del hospital. También mataron al alcalde del pueblo.

Me encontraba sola, huyendo del miedo, en un país extranjero, obligada a permanecer distante de los míos. Tendría que intentar rehacer mi vida. Por suerte, lo que había comenzado como un intercambio de conocimientos, se convirtió en la fuente de empleo que me motivaría a permanecer en México.

Desde el primer momento me percaté de que este país lidiaba con una guerra no muy diferente a la que yo había enfrentado, la guerra de las costumbres y creencias que encontraban en la mujer el objeto de odio.

Sigo en la policía, lidiando con otro tipo de muertes: las que acaban con la esperanza y la fe, viendo el desfile de incontables casos de mujeres y niñas violadas, torturadas, ultrajadas por conocidos, familiares y extraños. Persisto en hacer lo mejor posible mi trabajo, pero nunca me acostumbro a la pena. Hasta el día de hoy, con frecuencia me siento rebasada física y emocionalmente por tanto dolor y sufrimiento.

Recuerdo, como si fuera ayer, que no llevaba ni un mes trabajando en la policía, cuando en mi oficina se presentó personal de la Interpol. Con sigilo se acercaron, luego de haber platicado por algunos minutos con mi jefe inmediato, para decirme que debía acompañarlos al aeropuerto. Palidecí, diciéndome a mí misma: "Pero si tengo mis papeles en regla, ¿qué pasaría, se tratará de mi deportación?" Me pidieron muy amablemente que los acompañara, con algunos escoltas, en su vehículo, al aeropuerto local. Durante el camino fue poco lo que hablamos; sin embargo, al llegar a dicho destino me escoltaron a un área de vuelos privados que se encontraba fuertemente custodiada con agentes bien armados, por lo que empecé a retomar la calma, pues no creí que se tomaran tantas molestias para sacarme del país.

Otra duda empezó a atormentarme. ¿De qué se trataría, entonces? Hice muchas conjeturas. La que más me creía era que, probablemente, se tratara de revisar a alguien "cargado" con droga o tal vez tendría que revisar a un terrible narcotraficante. No tenía

muy claro cuál sería mi función en este operativo policial, el cual me hizo recordar los que se hacían en Colombia a los grandes capos de la mafia.

Los agentes, muy amables, me llevaron a una sala en la que habría que esperar las instrucciones sobre lo que sería mi actuación. Fue entonces cuando un hombre se presentó como el jefe de la operación. De traje muy elegante y con un lenguaje bien articulado me explicó que tendría que revisar a una mujer que venía en un vuelo internacional desde Brasil y a la que traían en calidad de extraditada. En varias ocasiones me mencionó el nombre completo de aquella mujer, pero para mí era indiferente, pues francamente no se me hacía familiar; supuse que tendría que ser altamente peligrosa por el enorme dispositivo de seguridad desplegado en el aeropuerto.

Luego de instruirme que tendría que subir a la aeronave para revisar a la mujer que allí se encontraba y determinar las condiciones de salud con que ingresaba a México, fui llevada en un vehículo blindado, acompañada por un par de agentes, hasta las escaleras de la aeronave. Asustada, me encomendé a todos los santos. Recuerdo que me temblaban las rodillas mientras subía lentamente los escalones que me llevarían a la puerta del avión y donde vería a la que yo creía sería una temible mujer. Una vez que atravesé la puerta de la nave, pude ver a una angustiada mujer con un pequeño niño pegado a su pecho, mirando a través de las ventanas el despliegue policiaco en la pista alrededor de la aeronave. Yo volteé para mirar la camioneta que me había traído, pues tenía la duda de que se tratara de un error, pero ni rastro de la camioneta, ya se había ido. Sin embargo, todo parecía indicar que ésa era la nave que debía abordar. Con incredulidad me acerqué a la joven mujer y le dije: "¡Soy la doctora, no tengo nada que ver en esto!" Le expliqué que la razón de mi presencia era realizarle un chequeo. Mientras eso hacía, sostuve un breve diálogo del que pude deducir que se trataba de una persona muy diferente a

la que me había imaginado, lo que por supuesto no me permitía entender cuál era la razón del enorme operativo.

A medida que salía del aeropuerto fuertemente escoltada, noté una avalancha de gente gritando con carteles el nombre de aquella mujer de quien supuse, inicialmente, era altamente peligrosa y que resultó ser una sencilla y reconocida cantante mexicana.

Los años posteriores, en mi ejercicio profesional en México, significaron una interminable lucha contra infames pederastas; en muchos casos se trataba de familiares, en otros eran extraños; unos famosos, otros desconocidos, así como todo tipo de agresores sexuales que dejaron a su paso incontables víctimas a las que el sistema legal les limitaría el acceso a la justicia.

Mientras trataba de mitigar el dolor de algunas niñas y niños regalándoles juguetes de segunda que recolectaba con amigas y compañeras de trabajo, consiguiendo también pantaletas al menos limpias para las víctimas que a veces llegaban semidesnudas, comprando toallas sanitarias para atender sangrados vaginales y buscando atenciones especializadas con amigos profesionistas en diferentes disciplinas, me llenaba de gran frustración por no poder hacer más por tantas víctimas.

A pesar de que mi trabajo se limitaba a la revisión médica de víctimas y agresores sexuales, vivía con la impotencia de ver impunes muchos actos atroces y tuve que saber de sentencias a abusadores sexuales en las que sólo se les obligaba a pagar doscientos pesos por la reparación del daño; en otros casos alcanzaban el beneficio de la fianza, pues no se trataba de delito grave. Quise culpar a unos u otros por semejante injusticia y, después de mucho investigar, a pesar de no ser abogada, encontré que gran parte de la impunidad se derivaba del sistema de leyes, lleno de vacíos y contradicciones. Fue entonces cuando decidí elaborar un texto que argumentara, a través de evidencias, las falencias del sistema penal y legislativo actual. Si bien algunos escucharon mis planteamientos, en la mayoría de los casos dicho esfuerzo sigue guardado

en el cajón del olvido de los burócratas, políticos y legisladores locales.

México, mi patria y su gente, me dieron una nueva razón para luchar, para tener esperanza; esta tierra de libertad y pasiones me ha abierto las puertas, regresándome la ilusión de luchar por un mundo mejor, al menos más justo. Esta mi tierra alberga otro sinfín de historias que ahora forman parte de mi vida.

Hoy vivo con las cicatrices en el cuerpo que me recuerdan lo afortunada que fui al sobrevivir para escribir esta historia, y con las heridas en el alma por tanta infamia, no sólo de los violentos, sino de quienes pudiendo hacer mucho no hacen nada.

En mis nuevas coordenadas, una célebre frase ha renovado su sentido para mí: ¡Lo importante no es saber dónde se nace ni dónde se muere, sino dónde se lucha!